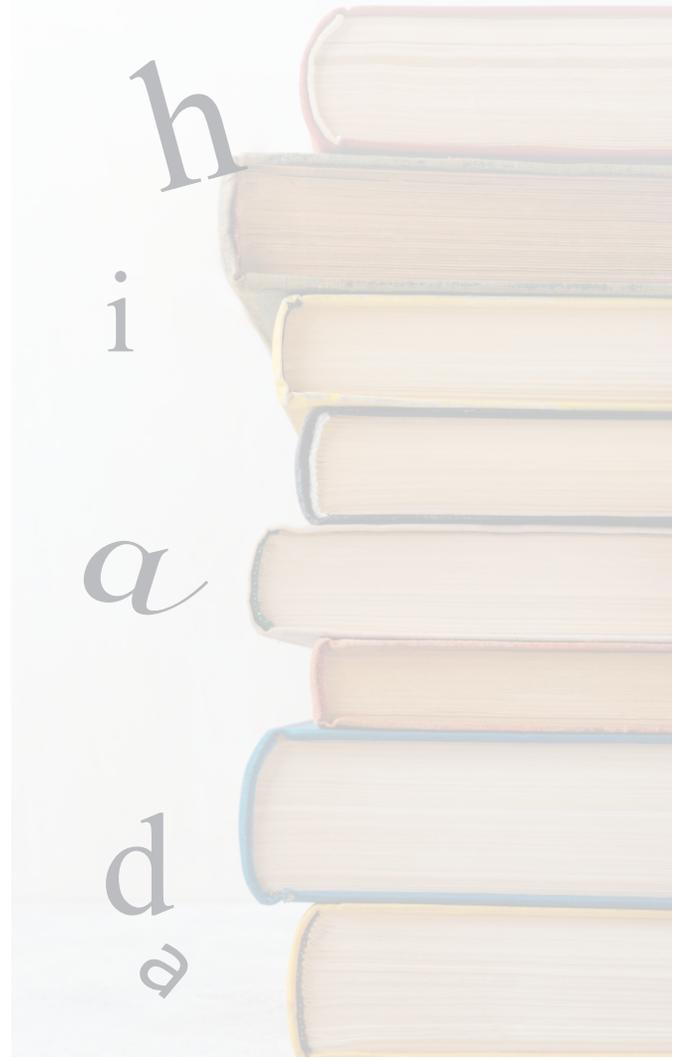




ñ Ì M Z
d e
e S m Z
h o f l



h

i

a

d

o





**UNIVERSIDAD
LA GRAN COLOMBIA**

Marco Tulio Calderón Peñaloza
Rector

Mario Camilo Torres Suárez
Vicerrector Académico

María Gaby Boshell Villamarín
Decana Facultad de Ciencias de la Educación

Víctor Alfonso Escobar Ramírez
Coordinador de Investigación, Docencia y Aseguramiento de la Calidad

Jader Antonio Payares Pedrahita
Coordinador de Extensión y Formación Continuada

Andrea Paola Romero Ramos
Directora de Programas

Juliana Del Pilar Santamaría Vargas
Coordinadora programa de Humanidades y Lengua Castellana



Adicción oscilante

Los temas centrales de los textos son diferentes manifestaciones de la adicción: el consumo, el deseo de retención del tiempo, la muerte y la alucinación. Incluso la noción de construcción social y la moralidad se convierte en una nueva acepción de la dependencia. Por su parte, en cada texto se hace presente la contradicción, la dubitación entre dos polos en tensión: la vida y la muerte, la locura y la cordura, lo real y lo alucinado, la ideología y el vacío de la palabra.



EFFECTOS ENIGMÁTICOS REVISTA GRAFÓGRAFO

REVISTA GRAFÓGRAFO
VOLUMEN 03
ENERO-JUNIO 2022

William Fernando González
Director

José Enrique Copete
Co-Director

Jahir Camilo Cediél Rincón
Co-Director

Liceth Dayana Holguín Beltrán
Co-Directora

Melissa Andrea Martínez Gómez
Diseñadora gráfica



COMITÉ EDITORIAL

Dana Vanesa Méndez Guevara
Octavo semestre

Cristian Julián Godoy Avendaño
Séptimo semestre

Angela María Vargas Pérez
Séptimo semestre

Katherin Muñoz Forero
Octavo semestre





CONTENIDO

Grafografazo - Saludo editorial	10
Textos Literarios- Estudiantes UGC- Estudiantes Liceo Julio Cesar García	12
Voces y renuncia - Jefferson Leandro Echeverría Rodríguez	13
Despulgología - Jeimmy Alejandra López Sierra	18
Recuerdos del mañana - Andrés David Correa Bustamante	21
Ataque de pánico - Mr. Rold G.	24
Aquel momento en el que me perdí "É X T A S I S" - Tatiana Ramírez Baracaldo	28
Dama de noche - José Sebastián Pedraza Garzón	30
Despedida - Natalia Hermida Herrera	35
El teatro del conflicto: una lectura del teatro contemporáneo colombiano "Rojo" - Johan Velandia, Jacobo Andrés Falla Pérez	37
Mis ángeles viejos - Nathally Sabogal	41
La narración oral: una forma de resistencia cultural - Sandra Barreto Méndez	45
Textos Inmigrantes - Textos no pertenecientes a la UGC	51
Ojalá que cuando crezcas... - Diego Felipe Cortazar	52
Me enamoré de mi muerte -Alison Fernanda Aguilera Montaña	54
¿Han dicho mujeres?: Fragmentación y fluidez en la literatura escrita por mujeres y la crítica literaria feminista Dra. Alejandra Olarte Fernández	59
Textos Dorados Textos de docentes UGC	70
Mañana blanca - Andrey Porras Montejo	71
Soledad - William Fernando González	73



Lo que se cree y lo que se dice desde tragedias y comedias: en una vida que está a merced de la muerte - José Enrique Copete	76
Los no-libros - Andrey Porras Montejo	79
Un agujero en el zapato del pie derecho - Christian Camilo Villanueva	81
Grafotextos	87
Escritura taciturna - Katherin Muñoz Forero	88
Teun van Dijk, discurso literario y ruptura de la quietud cotidiana en cuestiones de género - Angela María Vargas Pérez	91
Vacío - Dana Vanesa Méndez Guevara	94
Emilio, el número 36 - Cristian Julián Godoy Avendaño	97
Textos - A varias manos	100
Voces silenciosas de Latinoamérica - Luz Janeth Moreno Cupaque Yineth Vanessa Rodríguez Cortés y José Sebastián Pedraza Garzón. Curso Literatura y cultura Colombiana; Séptimo Semestre.	101
Eventos cubiertos	104
Literatura y territorio con Gerardo Meneses y Carlos Vásquez - Katherin Muñoz Forero	105
Un viaje a la ficción con Itamar Vieira Junior - Angela María Vargas Pérez	106
Reconocimiento estudiantil por parte de la obra "Mi name is Yoni Depp" y la percepción del mundo - Dana Vanesa Méndez Guevara	107
Entrevistas	109
Libro: La paramera - Katherin Muñoz Forero	110
Agradecimiento editorial	114
Se sufre, pero se goza: la hazaña de un crack William Fernando González Director Revista Grafógrafo	115







Grafografazo

Saludo editorial





Grafografazo

Saludo editorial

Grafografazo

Saludo editorial

Justo antes de agregar el último punto, esta edición en cada uno de los textos que la componen dejaron entrever el soliloquio que tejía la histeria, la tensión, el pánico y la visión más profana del subconsciente. Sobre estas historias se antepone el conflicto de las múltiples y difusas realidades de nuestro ser, cada una de estas con huellas inmersas a los escenarios tan comunes pero surreales sobre el matiz estético de la concepción académica de lo que es la narración.

Para nuestros lectores que encuentran en esta revista una forma de buscar nuevas voces en la poesía, les aguarda los ejes centrales de la locura, las relaciones existenciales sobre el pasado y el futuro. La lírica condensada aquí no solo hace una búsqueda de la perspectiva humana, también proyecta el escape de la realidad misma, en la que se ve la caída de las ficciones por espacios tan comunes como imposibles.

Los espacios académicos para corresponder a la investigación y la visión central de las problemáticas del siglo XXI contienen un espacio para la exposición de figuraciones como los enigmas que siguen creciendo sobre el género en la literatura, las incorporaciones a la discusión del teatro y las narraciones orales. Finalmente las consideraciones periodísticas en eventos tramitados cerca de la primera parte del presente año. Este número editorial tiene como ruta en sus textos esa supervivencia a sí mismos, Grafógrafo se enorgullece de presentar la edición que tal vez quedaba en duda tras los acontecimientos recientes en su grupo editorial y la incertidumbre post pandemia. Sin más dilaciones, solo el pestañeo y el movimiento rotular les aguarda a los lectores que se atrevan a adentrarse en estas vertiginosas páginas.

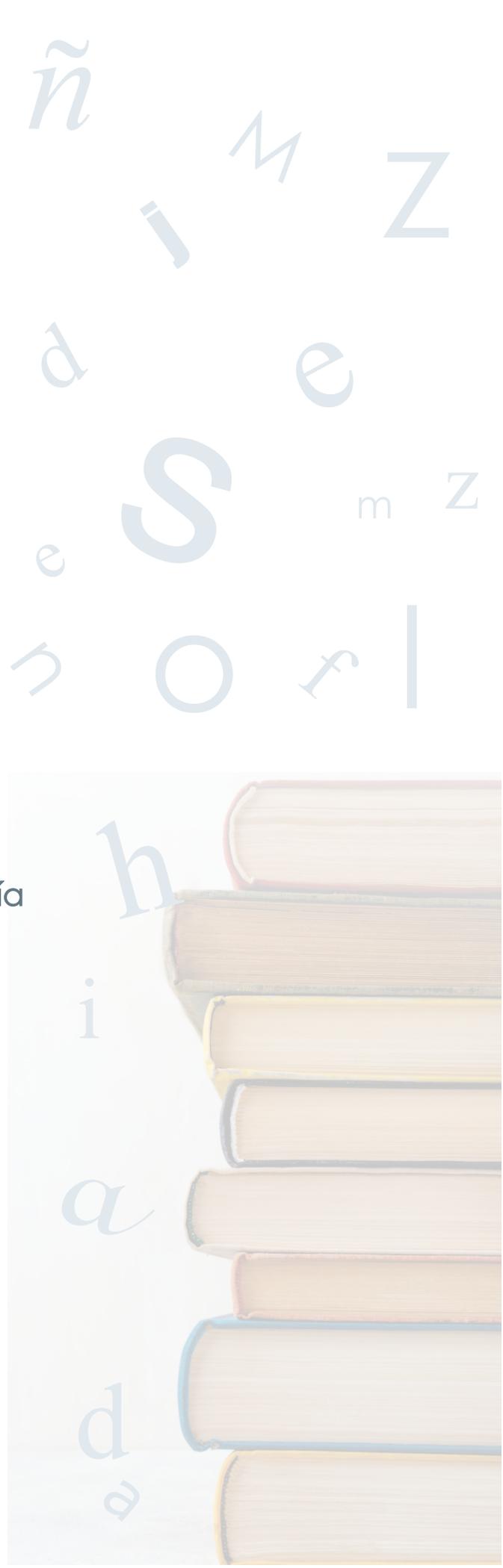


Textos

Literarios

Estudiantes UGC

Estudiantes Liceo Julio Cesar García



Voces y renuncia

Jefferson Leandro Echeverría Rodríguez



Imagen de Pezibear en Pixabay



Voces y renuncia

A la señorita

La espesa niebla lamía los bordes de la ventana. Eran parches deformes que se derretían a lo largo del recuadro a medida que el crujido de la palanca anunciaba la mitad del recorrido. Pese a tener los dedos agarrotados, la niña continuaba en la silenciosa tarea de formar círculos que se borraban con la rapidez de un lamento. Pero no se rendía. Por lo menos, en medio del aburrimiento, buscaba las formas adecuadas que le permitieran encontrar un paisaje o los contornos similares a los de un cuerpo perfilando un aire triste.

— Ya casi llegamos, ¡alístese! — La voz de su madre le recordaba siempre a la de un pájaro gorjeando en pleno aguacero.

De repente, una mano áspera y tibia borró, furiosa, la triste figura en la ventana: era una niña que estaba siendo devorada por un monstruo sin un brazo. A pesar de la bruma, las lejanas colinas podían definir las primeras siluetas de unos callejones farragosos, de cuyas casas, levemente, ostentaban una simpleza pobre, prácticamente sin vida.

Con la vista cansada, por culpa del viaje, la niña dirigió la mirada a su padre quien hacía una maniobra con la palanca, mientras su pie, en una posición incómoda, trataba de forzar el acelerador para que la

camioneta no perdiera el ritmo. Tanto así que esperanza de prolongar el viaje, al menos unas cuantas horas más, prontamente se vio interrumpida por un silbido de llantas que empezaron a precipitarse su destino.

El último tramo fue tan rápido que a duras penas tuvo tiempo de observar el deterioro en las sombrías terrazas: canecas salpicadas de cemento, ropas arrugadas junto con los constantes nubarrones, los perros famélicos y entregados al letargo del mediodía, los leves charcos cuán si fueran espejos monótonos reflejando un cielo gris que, a cada rato, escupía una serie de cristales delgados y ruidosos. Sin expresar sorpresa, la niña descubrió un remedo de su tristeza en este pueblo; con la única diferencia, que aún no estaba preparada para el escándalo, pero siempre había una razón aparentemente permitida, pues desde hacía mucho tiempo le habían arrebatado todo, incluso, el aliento de gritar.

— ¡Llegamos! ¡Ya sabe lo que tiene que decir! — El empujón de su mamá la hizo de nuevo regresar a esa realidad que la aprisionaba por culpa del insoportable olor a gasolina penetrando en su nariz e inevitablemente, la obligaba a contener las náuseas. Nada qué hacer. Su lugar estaba en aquel incómodo vehículo, maloliente e inseguro. De suerte esta vez no corrieron el riesgo de volcarse como ya había ocurrido en viajes anteriores.

La niña a duras penas asintió. Con las escasas fuerzas adoptadas por el calor del motor, agarró el calendario arrugado y empezó el ceremonial del balbuceo tímido. Eran palabras inconclusas, a veces exangües, lo que prolongaba un anhelo cohibido por culpa del silencio impuesto: “Furia del miedo, destinos opacos y esperanzas baldías, desaparézcanse de mi tranquilo refugio”. Se repetía, a veces a modo de plegarias ahogadas emitidas por un movimiento infantil de labios, otras, desde su interior, sin prisa, como si desafiaban el odio de su madre y juzgando el cinismo de su padre.

— ¡Apúrele! — El aullido de su madre se repitió en ecos estrellados en algún patio deshabitado y triste.

No era tanto el frío, ni las ganas de recostar su menudo cuerpo en algún césped al mismo tiempo de cerrar los ojos, ni aspirar el aire helado y percibir el aroma a invierno de unas calles sin vida, lo que impedía continuar hacia su rumbo desconocido. Era el hecho de enfrentar su temprana humanidad a los primeros rellanos de un inmenso edificio.

Por primera vez, el mal olor de los papeles amontonados en unas literas frías y oxidadas, provocaron las ganas de vomitar: “No más atrévase a por lo menos escupir y le volteo ese mascadero”. Tan solo un apretón en el brazo y el arrepentimiento estaba de nuevo arraigado a su conciencia. Sus primeras lágrimas coincidían con el aspecto desolado de un amplio vestíbulo, cuyas

paredes, empalizadas por inmensos afiches adornados de letras gruesas, arruinaban, crueles, todos los ánimos infantiles. Sin tener tiempo de pronunciar un nuevo ruego, su padre, en un ademán paternal e hipócrita, la llevó a la mitad del lugar.

Era imposible expulsar el aire sin dejar de tragar el hedor a tinta regada, a papeles rayados y a tinto revuelto con nicotina. Prefería desvanecerse, morir ahogada, escapar hacia algún terreno sin memoria y perderse para siempre. Qué importaba traicionar la farsa de sus abuelos y esos asuntos de conservar el recuerdo en medio de unas futuras cenizas. Al final de cuentas, un brazo, un vientre salido y unas piernas gruesas e hirsutas fueron suficientes cómplices para arrebatarse el espíritu, las expectativas reemplazadas por un miedo notorio e instintivo.

— ¡Aquí está la niña! — La madre habló sin vacilar al momento de entregarle a la mujer sin rostro una carpeta.

El sonido de las hojas estaba acompañado por un resuello incómodo de la mujer sin rostro. El reloj en la pared, lento, frío e inequívoco, expulsaba un lento transcurrir de manecillas, quebrantando por completo la falsa tranquilidad del lugar.

— ¡Así que ustedes solo quieren el permiso! — Sentenció la mujer sin rostro, resguardada ahora en la boca lúgubre de su cubículo.

El siguiente apretón, ahora más amenazante, la forzaron a mover la cabeza, sin balbucear.

— ¡Veo también que tiene doce años! — Desde la ubicación de la niña, podía vislumbrar una figura inanimada y cruel.

Abandonada a una suerte incomprensible, de nuevo la cabeza de la niña esperando una aprobación, resaltaba una última respuesta. El golpe de un sello, seguido de un rumor breve, preciso, sobre la mesa, resolvían un desgarramiento temprano de una niñez escasamente feliz.

“Presencias lejanas que pretenden avergonzarme, destino del miedo sin prisa que trata de someterme al horror, a decaer sin causa, jamás me vencerán”, no supo si lo había pronunciado por medio de un siseo religioso o era su interior la única voz que ascendía hacia su frágil memoria.

— ¡Listo, a partir de mañana y con el permiso firmado por ustedes, que son los papás, la niña ya puede empezar a trabajar!

“Te pido que no tengas piedad de este demonio sin rostro, ni tampoco de mi mamá que me obligó a venir aquí; que siempre me obliga a todo, ni de mi papá que es un cobarde, bueno para nada, ni del tío que me...”. El golpe en su oído izquierdo le hizo perder el equilibrio.

Las escasas voces de espanto que había en el recinto se confundían con las mismas que acudían a sus plegarias interiores, y parecían consolar su espíritu confuso y doblegado.

— ¡Acaso no oyó! — La madre contuvo su segunda arremetida al momento de reconocer la furia inesperada de su hija

que le arrebató sin reparo la carpeta a la mujer sin rostro.

La niña expresó por primera vez un gesto de satisfacción desproporcionado y pícaro. Como si estuviera ocultando una travesura. Al regresar a su sitio de escarnio, la agitación se iba agudizando a tal punto de padecer un posible espasmo o alguna convulsión. El ataque tardó escasos segundos, eran necesarios tres golpeteos torpes para que desparramara el reloj monótono de la pared y así estabilizar su postura y esperar una última vergüenza.

“Ahogada por el tinto o quemada por el cigarrillo o sufrir un espasmo”, musitó una sola vez, a modo de clamor religioso.

Los padres recibieron los papeles diminutos que conservaron con recelo en la billetera. Salieron, ahora sin prisa y revelando un mohín — alternativo — de satisfacción. En el ancho pasillo que conducía a la salida, un destello gris surgió como un relámpago esperanzador y frenético. Era momento de abrigar la carpeta con la ruana de lana y cerrar los ojos mientras la ligera borrasca terminaba de palidecer sus mejillas y calar en la hondura de su vientre.

El camino al improvisado parqueadero fue tardío. Era una extenuante procesión de reproches y legados hirientes que congelaban más que el invierno del pueblo.

— ¡Mañana empieza en los chircales a coser el barro para el ladrillo! ¡Yo veré, se porta juiciosa o ya sabe! — Y las siguientes lágrimas se perdían entre la humedad de

sus mejillas. Y la reciente desesperanza la obligaba a renegar de nuevo contra su humanidad, contra su silencio, contra su eterno desamparo.

Antes de subir a la camioneta, el padre se aseguró de mantener los frenos y el motor estables.

— ¡Porque usted no puede seguir viviendo de gorra mientras sus hermanos muelen como animales! - “Presencias cercanas que me dan la fuerza necesaria y me abstraen hacia nuevos rincones, vengan a mí y me conceden la satisfacción de corromper lo corrompido, de destruir a los destructores, de aleccionar a los verdugos”.

El crujido de la camioneta, acompañado del movimiento de la palanca, emprendía de nuevo el viaje largo y engorroso— ¡Súbase a ver y duérmase, porque mañana hay que madrugar!

“Frenos
descompuestos,
choque en un
barranco, muerte
doble y un alma libre”.

Jefferson Leandro Echeverría Rodríguez



Imagen de kroppek.pl en Pixabay



Despulgología

Jeimmy Alejandra López Sierra.



Imagen de Nino Carè en Pixabay

Despulgología

Despulgólogo, así se llamaba mi profesión, no había en este mundo hombre más talentoso o con mayor habilidad en sus dedos para arrancar y extirpar pulgas que yo.

Recuerdo descubrir mi vocación con mi gata Lola que es la gata más refinada y coqueta que se pueda imaginar, su cola siempre como gancho y esponjosa como una pluma de limpiar polvo, las manchas de su cara que parecían lunares, su caminado contoneante, que le caracterizaba hacía de ella la gata más bella de la creación y no una común. Sólo había un pequeño problema, siempre era linda, excepto cuando se rascaba, porque las pulgas no la dejaban vivir tranquila. Con ella me sentaba horas. Un día mientras ella dormía logré sacarle un máximo de 20 pulgas; eso sí, llevándome una que otra frustración de que se me volaron algunas.

Así como mi profesión fue mi pasión, también llegó a ser mi desgracia. Pues un día después de una salida con los muchachos del parque llegué a mi labor, pero esta vez fue diferente, si veía una pequeña pulga, pero al no conseguir cogerla, la sentía caminando sobre mi cuerpo, me hacía cosquillas con sus diminutas patas, así conforme iba buscando más pulgas, más pulgas sentía que recorrían mi cuerpo, hasta el punto en que picaron hasta los lugares más remotos de mi cuerpo, yo las sentía, como subían y

bajaban, sentía sus piquetazos con furia y odio por haber quizás matado a sus sobrinas, hijas, ahijadas o abuelas. Entre más tiempo pasaba mayor fue mi desespero y más escalofriante se volvía la sensación. Hasta que llegaron a mi cara, pasando de carreritas por todo mi rostro atravesando de lado a lado, lo hacían solo para molestarme, pero ¡Que astutas pulgas! porque al poner mi mano en la zona que recorrían o bien donde ya me habían picado no había nada, cuando me miraba la cara se escondían, cuando levantaba mi camisa sentía que corrían a esconderse en otro lado lejos de mi vista.

La cosa empeoró cuando por la ira las maldije una y mil veces, sus sucias patas, sus pequeños huevos y sus horribles bolsas llenas de sangre, llenas de mi sangre. Parece que mis insultos las insultaron y comenzaron a dejarse ver a propósito, las vi subiendo por mi ropa, metiéndose también debajo de mis prendas, entrando por mis oídos, eran muchas, miles, vi como el piso de mi cuarto que era blanco, se volvía negro por la cantidad de pulgas que corrían una al lado de la otra dirigiéndose hacia mí, vi como pisaban con sus asquerosas patas mis pastillas azules que estaban a un costado de la cama y como esparcían el polvo azul que dejé al lado de la tarjeta de crédito de mi madre. Ya no quería verlas, estaba asqueado y un poco resignado, porque ya no aguantaba más sus piquetones, ni sus carreras de lado a lado, estaba desesperado y mi único consuelo fue el llanto, llanto que al caer

arrastraba con él unas pequeñas pulgas que recorrían mi mejilla izquierda.

Fue entonces cuando me decidí, no puedo esperar a ser prácticamente devorado por estos seres microscópicos, algo debía hacer aparte de estar acurrucado llorando, sudando y suplicando a Dios que me salve.

Me paré del suelo, corrí, sin lograr que el viento me quitara de encima ni una sola plaga, al llegar al hospital sentí que se cerraban mis vías respiratorias, sentí que las pulgas me cerraban la garganta porque no les bastó con recorrer mi piel, necesitaban también adentrarse en mis órganos, recuerdo haber entrado por la puerta y perder la conciencia. Me desperté asustado, mirando las luces de un cuarto de hospital, me llevó 10 segundos recordar mi episodio: LAS PULGAS. Intente mover mis manos para tocarme el rostro y confirmar que realmente sí me habían quitado cada uno de estos despreciables bichos; sin embargo, unas esposas retuvieron mi movimiento y no pude ni siquiera rozarme la cara con mi mano, los nervios se apoderaron de mí, esto me hizo gritar hasta conseguir la atención de una enfermera a la que le pregunté si las pudieron sacar todas, me preguntaba ¿Todas qué? Como si no tuviera idea, las pulgas le grité, pero para mí sorpresa respondió de forma paciente y comprensiva que había llegado al hospital a causa de una psicosis por alucinaciones causadas por las anfetaminas que tenía en mi organismo. Lo negué, lo negué rotundamente, porque así

lo aceptara no era posible, yo las vi recorriendo mi ropa, yo sentí sus picaduras en mi piel, sentí sus recorridos en carreras.

¿Pueden creerlo? Pregunté.

-Severo malviaje- respondieron dos de los 10 muchachos del parque.

Jeimmy Alejandra López Sierra



Recuerdos del mañana

Andrés David Correa Bustamante



Recuerdos de mañana

Una noche Malcolm decide salir a tomar unos tragos a la tienda de la esquina llamada *Don Dioni*. Al entrar le pide a Don Dioni media de aguardiente. El dueño del establecimiento se la da y le dice que si quiere probar otra cosita, a lo cual Malcolm no se niega. No sabe cómo ni por qué, de un momento a otro comienza a besar senos de distintas mujeres por todos lados, rindiendo culto al amor sin fatiga y pese a estar tarde en la noche, no poseían prendas de vestir alguna.

A la siguiente noche va al mismo lugar y pide la misma dosis de ayer, y pues claro, esa otra cosita. Sin percatarse, un ángel bueno le dice "Malqui, eso va a salir mal, no te dejes llevar por los impulsos que vas a olvidar". Y repentinamente sus puños cual hierro, golpean todo a su paso como si odiara a la sociedad y todos los bienes públicos fuera del negocio de Don Dioni.

Al tercer día no recuerda nada, es más, todos los días se levanta común y corriente, pues, como dicen las mentes mediocres, "si no me acuerdo de nada, es porque no pasó nada". Entonces regresa a donde Don Dioni que sin falta, y sin esperar a que se siente, le ofrece la media de guaro y la pastillita mágica. En su otro hombro aparece el ángel malo diciéndole "vas bien Malqui, no olvides que no hay límites y que todo cuanto quieras te será dado".

Al día siguiente amaneció con sangre en sus manos, luego recordó que se había cortado cocinando anoche. Se lavó la herida que parecía haber sanado, pues la cicatriz se esfumó sin dejar rastro. Esa noche regresó a la tienda de Don Dioni, un cuchitril de mala muerte a donde solo iban almas alejadas de la realidad, y que solo asistían para crear una realidad alterna que les desviase de la verdadera, quién sabe, con qué excusa.

Don Dioni, al verlo entrar, no hizo más sino sonreír. Malcolm esta vez fue el que solicitó la media y no esperó a que el dueño, con una gorra sucia cuyo bordado tenía unos frutos, un bastón apoyado en la vitrina y una ruana mal puesta manchada con zumo de uvas, se la ofreciera con la única mano que tenía libre: en la otra sujetaba una gran copa de vino. Se tomó la pastilla (que nunca se la negaba don Dioni) con lo último que le quedaba de la botella, y todos a su alrededor comenzaron a señalarlo, pero poco a poco se



www.freepik.es/fotos/hombre-solo>Foto de hombre solo creado por rawpixel.com

desvestían, se besaban todos con todos, de una misma manera, pero en un sentido tan contrario a lo que Malcolm estaba acostumbrado a ver. De repente terminada la cruel orgía, detrás de todos esos cuerpos cuyo placer había salido en forma de sudor, estaba el cuerpo de una niña muerta que le decía "he muerto, me has matado, da tu alma para que pene a cambio de la mía, o Mefisto vendrá por ti". Malcolm sentía cómo el ángel bueno y el ángel malo, luchaban en el fondo de su conciencia, lleno de más ira golpeaba a quien se le cruzara y todos caían ante el látigo inclemente de su lengua, y las dagas punzantes que tenía por manos.

Al día siguiente, el sol lo saludaba con un nuevo despertar y era cierto. Él estaba contento en su cama, aunque un poco dura y fría. Y cuando abrió sus ojos ante un llamado al que no estaba acostumbrado, pues vivía solo, que decía "levántese, maricón", proveniente de un uniforme a cuadros que en las manos llevaba una macana, comprendió todo. Esa macana hacía un sonido que nunca había escuchado, y retumbaba en sus oídos rebosantes de gritos al hacer fricción con unos barrotes de hierro.

Andrés David Correa Bustamante



Ataque de pánico

Mr. Rold G.

Ataque de pánico

Vas caminando por el barrio mientras llegan a tu cabeza pensamientos confusos y desesperados, con la intención de hacer que te rindas de la vida. Te pasas las manos lenta y bruscamente por tus cabellos, como si la fuerza de ese movimiento se llevara todo lo que te atormenta. Respiras, miras al cielo, rezas a Dios con infinita vehemencia y le escribes un mensaje a tu madre: le indicas lo feliz que estás por tener la oportunidad de ingresar a la universidad. Sigues caminando y tienes, además, un brote involuntario de una sonrisa cínica, que llega cada vez que mientes para huir cobardemente de la realidad.

Llegas a casa, abres la puerta y te encaminas al cuarto del fondo, el que te otorgó tu hermana mayor con quien ahora vives, desde que tu madre tuvo que abandonar el país, por problemas económicos; te acuestas y te vuelven esos pensamientos:

“Hay golpes en la vida, tan fuertes... ¡Yo no sé!... Son pocos; pero son... Abren zanjas oscuras en el rostro más fiero y en el lomo más fuerte”.

Das dos vueltas en la cama y paras porque casi te caes, vuelve la sonrisa cínica y ahora, solo estás recordando que no eres nadie, ni siquiera el escritor que siempre habías soñado ser, porque cuando

escribes y lees tu propia creación, piensas que es absurda; que no valen la pena, ni siquiera los años que has estudiado para la literatura:

“La vida perdida para la literatura por culpa de la literatura. Por hacer de mí un personaje literario en la vida real fracaso en mi intento de hacer literatura con mi vida real pues ésta no existe: Es literatura”.

Hace algunos años que has intentado definir el futuro, pues el miedo al fracaso, en el que te sientes inmerso, te cobija la cruel existencia con el afán de volverte cada día más loco, piensas en la muerte y al mismo tiempo huyes de ella. Tienes un complejo freudiano, que parece mantenerse en tu interior:

“Cuánto quisiera, al andar con mi destino, que él me concediera la pureza en todas mis palabras y mis obras” .

Y, sin embargo, sabes que al final eres un caso perdido, porque cuando lo intentas todo, te rindes fácilmente, dejas a un lado tu voluntad, tu deseo, como si la vida fuera un simple capricho; y ese miedo del que tanto huyes eres tú mismo, sabotando cada uno de tus pasos:

“Ya sé, eso significa que no podré aspirar a tantísimos honores, reputaciones y preces y dignidades, que el mundo reserva para los intelectuales que se respeten”.

Te levantas de la cama, miras el celular y nadie te ha escrito nada, solo tienes un par de notificaciones. Caminas al baño y mientras te lavas la cara, susurras una canción:

“Sueño con serpientes, con serpientes de mar, con cierto mar, ay, de serpientes, sueño yo”.

Sales de casa, cruzas la calle principal, caminas dos cuadras y te acercas a un parque con la intención de fumarte un porro. Te sientas en una banca que está ubicada en medio de los árboles que oscurecen el lugar y empiezas a trillar la marihuana en tu mano izquierda, frotando con tu mano derecha el moño que se desmorona. Al terminar, lo enrollas con pasión y lo prendes, pero al mismo tiempo recuerdas que fumar en la calle te produce ansiedad, espanto y pánico, pero, luego te imaginas el sonido de la moto de policía y empiezas a caminar intentando escapar para estar más tranquilo; en lo que te alejas del parque, te acercas a unos arbustos que cubren una casa grande de color marrón y de repente sale, de entre los arbustos, un gato que te asusta, porque notaste que le falta un ojo, aceleras el paso y no sabes si lo que estás viendo son alucinaciones o parte de la realidad abstracta que tu mismo construyes.

Imagen de Mabel Amber, who will one day en Pixabay



Entonces, te pones los audífonos rápidamente y reproduces una canción, tarareas la melodía sin precisar palabra para dispersar tus pensamientos, pero estos insisten en desesperarte, piensas deliberadamente que no debiste encender ese maldito porro, otra vez estás arrepentido por tus propias predisposiciones, “la embarré hijueputa”, “la cagué, maldita sea”. No sabes qué es lo que tu mente y tu cuerpo te piden, pero sabes que te están pidiendo algo, tu corazón palpita haciendo que tu pecho vibre, además, tus brazos parecen que ya no sienten porque te pesan, te estorban y observas tus manos sudando con una exageración que no comprendes.

“No corras” te dices y sin embargo, continúas haciéndolo presurosamente: “Mami, no pienses en mí, no quiero hacerte daño, te extraño mami... mami si estuvieras aquí, no estuviera sintiendo esto que me ahoga, tú lo sabías, mis instrumentos de trabajo son la humillación y la angustia, ¿por qué tan lejos?, ¿por qué tú allá y yo acá? ¿Por qué este frenesí de tiempo encapsulado en el pensamiento que ferozmente me devora el alma?, mami necesito verte, sálvame tú de mí, de esta cárcel endemoniada que llevo en mis adentros”.

No entiendes por qué se aproximan a ti rostros asombrados y estupefactos, con un horror en la mirada que no inspiran más que el sentimiento de muerte. No entiendes a dónde perteneces, no entiendes, no miras, no sientes. Está tu cuerpo inerte, tendido sobre la sangre

que se derrama por tu cabeza, no entiendes, porque todo pasó ligeramente, mientras pensabas en tu madre, la única persona en el mundo que no te hizo daño, que estuvo contigo cuando te rompieron el corazón y pisaron los pedazos, cuando te abandonaron y dejaste de creer en el presente, en el ahora que transcurre y no sientes... A lo lejos escuchas una última canción:

"En el juego de la vida juega el grande y juega el chico, juega el blanco y juega el negro, juega el pobre y juega el rico. En el juego de la vida nada te vale la suerte, porque al fin de la partida gana el albur de la muerte".

Mr. Rold G



Aquel momento en el que me perdí

“ÉXTASIS”

Tatiana Ramírez Baracaldo

Aquel momento en el que me perdí

"ÉXTASIS"

"Aún trato de regresar de aquel viaje en el que me metí... De nuevo estoy aquí, cada vez se me dificulta más huir de este desasosiego exhaustivo y lo peor de todo es que no se porque siempre recorro a cubrir mi dolor sobre tus efectos, pero en cuanto finalizas es cuando más solo me siento.

04:15 y trato de evadir mi único deseo que recubre todo mi ser, miro el reloj y 4:20 aquí de nuevo iniciando a recorrer un mundo lleno de explosión que invade mi cuerpo, el éxtasis de sentir. Lo peor es que a ti te lo prometí, dejar de consumirte o esnifarte en mi ser, para que este desequilibrio por fin encaje aquí.

Pero consumirte es lo único que me hace sentir feliz y es que en cada cápsula me siento en libertad, desde que se fueron aquel día y no regresaron no hay quien me ayude a huir de ti. El recuerdo de ustedes se combina con tu color y todo. Toma cierta luz, aquí en la oscuridad de lo que soy.

Cuánto me dolió verlos partir, en aquel accidente donde yo no fallecí. Papá y mamá luchando hasta el final por sobrevivir y yo viendo fuera del mar como aquel animal carcomía todo lo que quedaba de ustedes allí... Otra píldora para dejar de mirar la puerta esperando a que vuelvan, pierdo el control y los necesito ahora.

Quiero dejar esto aquí pero mi desequilibrio emocional me lleva a agradecerte a ti éxtasis, por ayudarme a no sentirme solo. Cada tornillo suelto ajustas dentro de mí, pero cada que estoy aquí y todo gira me pregunto si será posible que pueda salir y volverme a construir y aunque detienes todos mis pensamientos... Por última vez y en mi último intento te digo Adiós."

Esta fue la carta que escribí hace tres años en mi momento más alto de inhibición y es por esto que decidí leerla aquí enfrente de este lugar. Donde partieron, pero dónde vengo a mostrarles lo que ahora soy, porque después de salir de las náuseas, escalofríos, sudoración, visión borrosa causada por el éxtasis que está más allá de mi sufrimiento y vacío. Orgullosamente salí de allí y ahora este hermoso paisaje, la brisa, el mar y el recuerdo de lo que fueron es mi nueva adicción.

Tatiana Ramírez Baracaldo



Dama de noche

José Sebastián Pedraza Garzón

Dama de noche

Lo desconocido es el riesgo más hermoso del ser humano.

Estaba triste y parecía que el sistema cósmico del mundo lo supiera. Todo a mi alrededor se pintaba a brochazos mal puestos sobre el ambiente. Esa brocha pasaba de un lado a otro fundiendo el paisaje de un blanco y negro que se volvía borroso cada vez que avanzaba por las calles. Era un viernes por la tarde. Salía del trabajo agotado, todo el día había estado transcribiendo informes mundanos. Mi vida hasta este punto se había relegado a vivir en una soledad existencial del trabajo, no tenía amigos, ni familiares, ni alguien con quien sentirme acompañado. Pero qué más daba, la vida era eso. Fundirse en la tristeza y encontrar la hermosura en la misma. Extraje todo eso de mis pensamientos cuando una corriente de frío surcó sobre mi cuello. Me detuve un momento, alcé mi mano izquierda y contemplé el reloj hasta que marcó las seis. Seguí caminando lentamente hasta llegar a la estación del tren. Las farolas de la ciudad y las estaciones comenzaban a encenderse como pequeñas luciérnagas en el bosque con el aire. Esperé unos momentos, viendo como una manada de perros callejeros al otro lado de la parada aullaba. Era un sonido algo distinto al normal, tenía una agudeza que me envolvía los tímpanos y anulaba el ruido del

tráfico. Al final de un rato las luces de aquel gusano de metal alumbraron mis ojos y se detuvo. Me subí y busqué un lugar entre el vagón. No había lugares libres, me resigné a recostarme en la puerta. Agaché mi cabeza y cerré mis ojos. Pensé en la soledad, pensé en definirla con un concepto. Pero en mi mente pareciera que entre más buscaba una palabra, estas se perdían como la arena en medio de las manos. Abrí mis ojos y levanté mi cabeza frustrado por no encontrar algo tan simple en mis pensamientos.

– ¡Hola! – una voz casi oíble llegó a mí. Observé a mi alrededor disimuladamente. No encontré al ente de quién provenía el saludo. – ¡Holaaaa! – volví a escuchar el saludo prologando. Miré hacia el frente y vi a una chica. Tenía sus ojos clavados en mí. Sentí como si un escalofrío recorriera mi cuerpo hasta darle un corrientazo a mi cerebro. Observé completamente su figura. Debía rondar entre los veintitrés a veinticinco años. Llevaba un saco de lana de color negro, unos pantalones y unos zapatos deportivos, haciendo juego con su mochila. Era una chica de tez morena, de pelo largo y liso. Su cara limpia ante cualquier imperfección. No llevaba rastros de maquillaje.

– ¡Hola!, disculpa nos... – me interrumpió enseguida. Me agarró del brazo y lo sostuvo mientras el tren se detenía en la tercera parada. Me llevó afuera. – Sabías ¿qué algunas flores solo crecen en las noches? – me dijo mientras se acercaba junto a mí. Sentía su respiración muy cerca.

Su perfume se mezclaba con el aura de mi cara. Era un perfume dulce, como oler una rosa. – le suelen llamar “Dama de noche”, no es especialmente hermosa, es más bien caótica y desordenada. Además, su olor es como el paraíso. – asentí en silencio y recorrí su cara con mis ojos. Parecía tan serena y apaciblemente hermosa. Nuestros pasos se fueron acompasando y alejando poco a poco de la estación.

Llegamos a una vieja librería que quedaba a unas pocas cuadras de la estación en donde nos habíamos bajado. El frío era más intenso casi como tenebroso y se escabullía entre mis prendas, me calaba la piel desnuda. La chica hizo que nos detuviéramos. Se soltó de mí. Me dejó en el umbral de la librería. Me retiré hacia la calle. Sentí las conversaciones de las personas muy cerca. Iban y venían palabras ajenas a mi comprensión, un extraño sentimiento de compañía me envolvía y surcaba en los glaciares de ese corazón helado que me había consagrado en la vida. Miré al cielo y vi la luna en el horizonte acompañada de una estrella. «Solo una pensé». Volví para mi cara para la librería y a través del cristal observé como escogía un libro. Lo pagó y salió en rumbo hacía mí. Me cogió del brazo de nuevo.

Desprendía un calor familiar. Me mostró el libro con el entusiasmo de un niño. – Las flores del mal de Baudelaire – leí en voz alta para los dos. Reconocí el poemario. A mi memoria llegaba un poema que en la juventud me había aprendido. Era sello para esfumar el insomnio en las noches, para aplacar la tristeza con más tristeza.

– Si, la verdad me encanta. Siempre había querido comprarlo, solo que no tenía con quien y me aburría venir. Pero ya lo hablaremos. – el silencio nos arrulló por un momento y prosiguió – Si alguna vez tienes un jardín debes tener una “Dama de noche”. La planta no va requerir de excesivos cuidados. Pero si quieres que te obsequie flagrantemente flores y vigorosas hojas cuídala mucho. Es algo así como una mujer. – le observé a su cara y una pequeña sonrisa surco sus labios.

– No lo sé, soy muy torpe como para tener un jardín ¿no crees? – acentué mis palabras mirando al suelo en un intento de contar mis pasos.

El frío a medida que caminábamos se hacía más intenso debido a un viento gélido que llegaba desde un río que había cerca. De repente ella me soltó y nos detuvimos. Un gato apareció de entre un arbusto. Era un gato negro, sus ojos brillaban bajo la luz de las farolas de la calle. Tenía una pequeña campanilla que desprendía una musicalidad cuando se movía. Ella se acercó y lo acarició. Sacó comida de su mochila y le dio de comer mientras éste maullaba por el frío. Cuando terminó de comer, se me acercó y se restregó en la parte baja de mis pantalones. Me agaché y acaricé suavemente, hasta que decidió perderse por el arbusto por donde había llegado. Al parecer era un gato doméstico bastante cariñoso y manso. Me levanté, dirigí mi mirada a la chica que buscaba entre las páginas del libro hasta que dijo.

– Lo encontré, aquí está. Para ti y para el gato que eres – le miré fijamente. Ella insertó sus ojos en el libro y comenzó a recitar.

En mi cabeza se pasea,
como en su propio aposento,
un bello gato fuerte, suave y
encantador.
Cuando maúlla, apenas se le oye,
de tan tierno y discreto que es su
timbre;
pero su voz, ya se apacigüe o gruña,
es siempre rica y profunda.
Ahí está su atractivo y su secreto.
Esta voz, que gotea y se filtra
en mi interior más tenebroso,
me invade como un verso
cadencioso
y me refocila como un bebedizo.
Ella adormece los dolores más
cruelos
y contiene todos los éxtasis;
para decir las frases más largas
no necesita palabras.
No, no hay arco que rasque
mi corazón, instrumento perfecto,
y que haga con más majestad
cantar su cuerda más vibrante,
que tu voz, gato misterioso,
gato seráfico, gato extraño,
en quien todo, como en un ángel,
es tan sutil como armonioso.

Sus palabras taladraban mi mente, se acogía la sensibilidad de su declamación encarnada en una voz serena y apacible como un suave viento de verano. Era irresistiblemente precioso. Era como devolverme a un pasado que no era mío,

en donde afloraba un amor que no me correspondía, en donde me surgían sentimientos prestados que en cualquier momento me arrebatara sin decirme por qué. Tras esas sensaciones me acerqué a ella. Guardó su libro y seguimos caminando rumbo a un puente que se extendía a unos quinientos metros de nuestros ojos. Antes de llegar consulté el reloj, apenas habían pasado unas horas, marcaba las diez menos cuarto.

– Fue hermoso ¿cierto? Pues fue hecho para ti – su voz tomó un tono más dulce. Mientras las luces de las farolas nos abandonaban, dejándonos con el solo brillo de la luna.

– Gracias, eres muy amable – Ella se apretujó más hacia mí.

Hicimos una parada en medio del puente. Ella se subió a una baranda de pie mirando al horizonte. Mientras con la luz de los coches divisé una flor en una grieta del concreto de aquel puente. Me acerqué y cuidadosamente la arranqué de allí. Me subí a la baranda y me fui acercando poco a poco a ella. El agua se escuchaba bastante calmada. Miré al horizonte y comencé a declamar un poema de Baudelaire.

Quando te hayas dormido, mi bella
tenebrosa,
al fondo de un sepulcro hecho de
mármol negro,
y cuando solo tengas por alcoba y
morada
un panteón húmedo y una
cóncava fosa;

cuando la piedra, hundiendo tu
pecho asustadizo
y tu torso relajado por una deliciosa
displícencia,
impida que palpites tu corazón y
ansíe,
y que tus pies recorran tu carrera
azarosa,
la tumba, confidente de mi sueño
infinito
(porque la tumba siempre
comprenderá al poeta),
en esas largas noches donde el
sueño es proscrito,
te dirá: «¿De qué te sirve, cortesana
incompleta,
nunca haber conocido lo que lloran
los muertos?».
—Y el gusano roerá tu piel como un
remordimiento.

Me quedé frente a frente con aquella
chica que me había arrastrado hasta allí.
La luz de la luna vislumbró como pequeñas
perlas de lágrimas brotaban de sus ojos.
Coloqué la flor en su nariz.

—Dama de noche — dijo con una voz tenue
y rota. Retiré la flor de su nariz y la puse en su
oreja derecha. La abracé fuerte, mientras
nuestros labios se buscaban en la
oscuridad. Un beso largo y cálido embargó
toda la tristeza acumulada en mi corazón.
Poco a poco nos fuimos inclinando hacia la
caída del río.

«Hace frío y a la vez se siente cierta calidez.
Estoy en un campo de flores blancas,
huelen realmente bien. Ella está allí
sentada y me dice que la acompañe».

— Estoy sin palabras — apuro mirando al
horizonte. Miro su rostro y una sonrisa de
felicidad se me cuela entre los labios. —
Oscuridad que era eso. Tal vez las sombras
del alma anteponiéndose al ser humano. Es
algo raro. — Te miro de nuevo.

—¿Quién eres?

José Sebastián Pedraza Garzón

Despedida

Natalia Hermida Herrera



Despedida

Este lenguaje canta al polvo
a este sabor a féretro en mis labios
a lo que nunca fue y a lo que ya
murió
a este amor abortivo.

Esta despedida marcha desnuda
hacia el cementerio del ayer,
el veneno es ahora el perfume de
mis venas
sucia hasta la sangre me revuelco
entre cenizas.

Olor a lluvia muerta se derrama por
mis pechos
en el frenesí de una galaxia
perdida,
abandonada,
en el gran abandono universal
gira, gira y gira el globo terráqueo
y yo me mareo de horas, semen y
polvo.

El reloj estalla en lamentos,
sus segundos son abismos de
locura:
Una niña danza en un lecho de
gusanos.

Mirar con ojos ajenos el ayer,
arrojar flores a una tumba vacía
y un epitafio: ya nada es sombra, ni
eco, ni ceniza.

Natalia Hermida Herrera



El teatro del conflicto: una lectura del teatro contemporáneo colombiano “Rojo” de Johan Velandia

Jacobo Andrés Falla Pérez

Imagen de Mauricio Keller Keller en Pixabay

El teatro del conflicto: una lectura del teatro contemporáneo colombiano "Rojo" de Johan Velandia

Las distintas manifestaciones del conflicto armado en Colombia a lo largo de su historia han generado cicatrices profundas que se extienden a lo largo y ancho de nuestro contexto. En un devenir de casi un siglo lleno de distintos nombres, escenarios, actores y víctimas no hay un solo pliegue de nuestra cultura que no haya sido de alguna manera permeado por cualquier manifestación del mismo. En el marco de la producción literaria contemporánea, diversas obras han dado fe de esta característica de nuestro conflicto, la novela, el relato, la poesía y la crónica proliferan en una polifonía de voces alimentando descripciones desgarradoras de la barbarie que la violencia ha producido. El teatro colombiano no es la excepción: el dramaturgo Johan Velandia, a la par del grupo teatral "La congregación", han llenado teatros dando pie a las artes escénicas para participar en la construcción de memoria en el país. Este grupo de talentosos actores demuestra su destreza escénica y lucidez escritural para pensar en una parte de la historia de nuestro conflicto. En su producción artística, atravesada por una visión ecléctica de los modos del teatro, logran poner en el escenario una provocadora e impactante representación de los conflictos de nuestra sociedad, su repercusión, profundidad y alcance.

"Rojo" es una puesta en escena que narra la caída en la desgracia de "El refugio", un pueblo narrado a través de personajes descalzos que acoge la música, la alegría, el baile, el orgullo y la dignidad de una sociedad pacífica y próspera en su propia dimensión. A medida que avanza la obra, hay distintos quiebres en la identidad de esta comunidad empezando con la llegada de un personaje llamado "El señor de la avioneta", que baja del cielo en paracaídas ofreciendo a los habitantes la oportunidad de calzar sus pies con botas de cuero. Sin embargo, el calzado no es gratis, pues el infame personaje convence a través de una serie de triquiñuelas envueltas en un convincente encanto, dar a los habitantes solamente un zapato, prometiendo que el otro será entregado una vez gane las elecciones del municipio a través de la entrega del sufragio de sus habitantes. Aunque al principio dubitativos, pues consideran en primera instancia que el calzado no es

necesario, los habitantes de "El refugio" se ven inmersos en una vorágine que explora algunas de las facetas más violentas, desalmadas, trágicas y dignas de nuestra compasión, cuando uno de sus habitantes llamado "Rojo" se ve motivado por distintas circunstancias a encontrar su origen. Cada uno de los habitantes del municipio se encuentran con el manto de la muerte de manera terrible, gracias a este propósito, y habitando un plano tormentoso de la existencia persiguen a este personaje hasta el término del drama.

La creación de "Rojo" llama bastante la atención. Originalmente creada en el año 2017 a partir de la recopilación de testimonios en Buenaventura, específicamente, en las infames "Casas de pique", donde organizaciones relacionadas con el tráfico de drogas perpetraban homicidios y control sobre la población, la obra retrata cómo el aparataje social que sostiene el narcotráfico encuentra su origen y devora la bondad en el mundo. La creación de esta pieza teatral recuerda a Walter Benjamín y su antinomia entre la memoria y el recuerdo: para este pensador la memoria es una construcción cíclica de carácter historicista, mientras el recuerdo es una reconstrucción del pasado con base al diálogo de lo individual y lo colectivo. Como apunta Grimoldi (s.f): "*Buscar y reconocer el pasado permiten restituir a la comunidad y a sus sujetos, su capacidad de confrontación, discusión, enunciación no sólo del pasado sino también de los futuros posibles*" (p.4.)

Por otro lado, vale recordar que Aristóteles inicia su disquisición en torno al arte de la poética dilucidando el sistema de diferencias que separan las manifestaciones clásicas de la producción escrita de su época. Sistematizando, tanto así, que un sistema de especies y diferencias entre las mismas permite un acercamiento profundo al goce estético del arte, sus mecanismos y propósitos en la sociedad griega. Además, muchos de sus planteamientos convergen en una asociación entre las actividades artísticas y morales que entran en juego para los espectadores de la tragedia. Como apunta Carrió (2004): "la pasión trágica para Aristóteles reúne al espectador con su propia moralidad, usando una movilización afectiva que tiene como objeto facilitar un aspecto de la comprensión de la realidad" (p.6). La Catarsis es en este caso el producto fundamental de la tragedia. El término harito ligado a la medicina es para el filósofo un ejercicio mediado por el lenguaje además de "adornos artísticos adecuados para las diversas partes de la obra, presentada en forma dramática, no como narración, sino con incidentes que excitan piedad y temor, mediante los cuales realizan la catarsis de tales emociones" (Aristóteles. S.f. p.10) Para nuestro caso los adornos artísticos distan considerablemente del teatro aristotélico. Manifestaciones de obras como "Rojo" se parecen más a una elaborada coreografía con exactitud matemática que a un grupo de actores que recitan diálogos en el escenario. A partir de distintos recursos como la música, la danza, el lenguaje, las artes plásticas y las imágenes poéticas, esta obra se

adscribe a manifestaciones teatrales como las de Bertolt Brecht. Según Del Valle (s.f): “*esta vertiente del teatro contemporáneo conocida como “Teatro épico” contiene y representa los temas fundamentales del tiempo presente por medio de personajes históricamente contruidos, proporcionando un sistema de significación propio, produciendo una diversificación estética que divide más que une a la audiencia por su elaborado reflejo de la realidad.*” (p.3)

Para este propósito, el dramaturgo es concebido como artista y médico, a este segundo papel se le atribuye la regulación clásica expuesta por los griegos de la desregulación de las pasiones del ánimo: al igual que en los teatros atenienses, entramos a ver en el escenario una confrontación con una parte de nuestro propio ser.

Para verse frente a una escenificación como “Rojo” es quizás difícil para el público gracias a la potente unión entre su forma y contenido. Recuerdo haber asistido al Teatro Libre en el centro de Bogotá para verla, y sin quitar la vista impresionada del escenario podía escuchar exclamaciones de pesar, llanto y una sensación de pesar derivada de algunos de los momentos clave del arco dramático. Luego del aplauso del público, que duró casi 7 minutos, todos salimos en un pesado silencio que fue roto solamente por la discusión de cada uno de los aspectos de la obra. Esta y otras producciones dan a “La Congregación” y al dramaturgo Johan Velandia nuestra atención, luego de su reciente participación en el Festival Iberoamericano de Teatro 2022. Sin duda, está claro que sus creaciones tienen la capacidad de rescatar del pasado fragmentos de nuestra historia colectiva para la no repetición. Esperemos estar listos para no ignorar su llamado.

Referencias Bibliográficas

Grimoldi, M. (s.f.) *Memoria y recuerdo en la obra de Walter Benjamin. Resignificar el pasado, mirar el presente, conquistar el futuro.* Centro Cultural de la Memoria Arnoldo Conti. http://conti.derhuman.jus.gov.ar/2010/10/mesa-40/grimoldi_mesa_40.pdf

Cortes, D. (2019) *De la memoria a la creación escénica: sistematización del proceso de montaje de rojo.* Universidad del Valle. <https://bibliotecadigital.univalle.edu.co/bitstream/handle/10893/18568/CB-0592447.%20SI.pdf?sequence=1>

Del Valle, N. (s.f.) *El teatro de Brecht. La Palabra como herramienta en el proceso de desalienación del hombre.* <https://core.ac.uk/download/pdf/76476177.pdf>

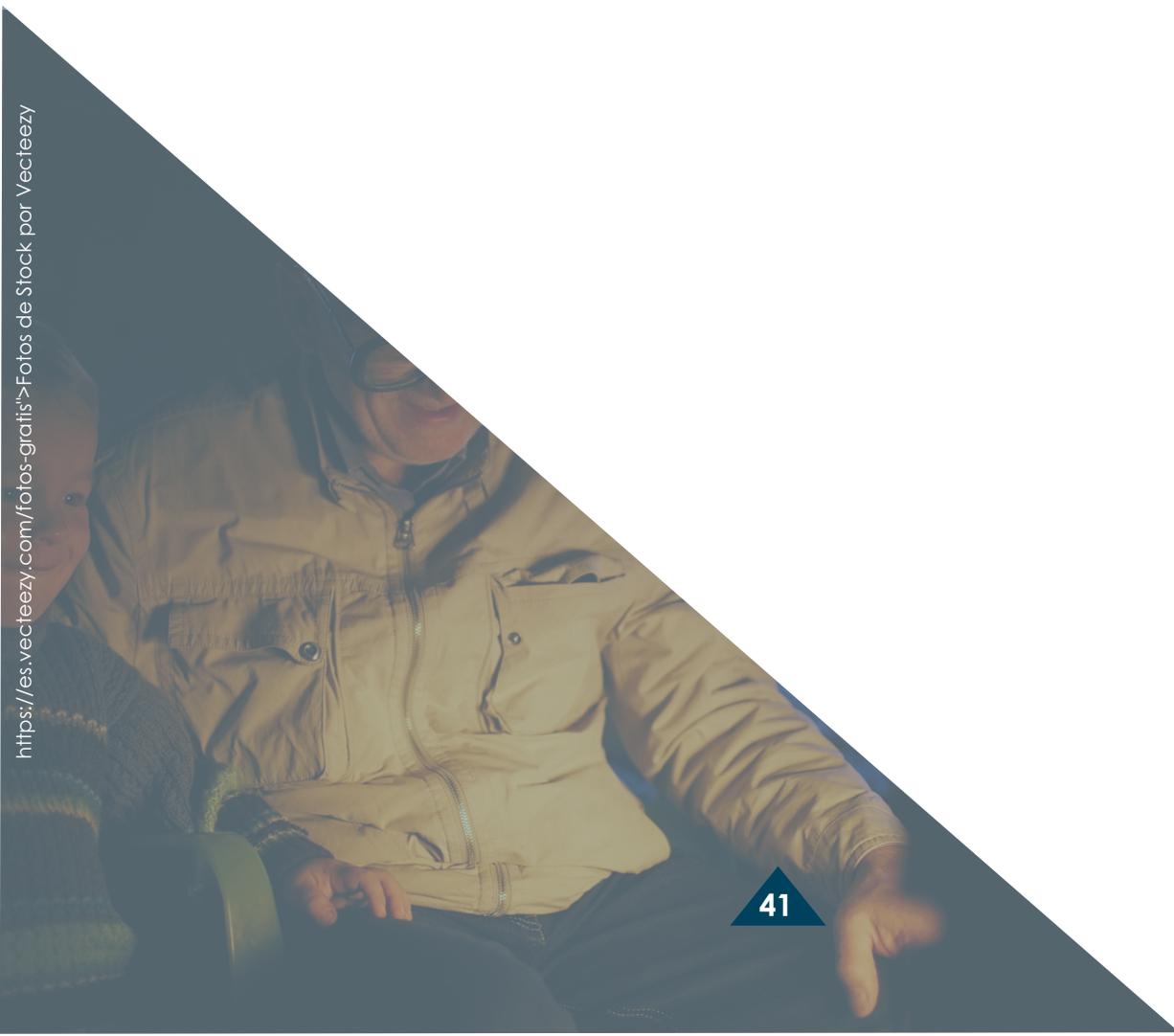
Carrío, S. (2004) *Catársis y teatro en la obra de Aristóteles.* Pontificia Universidad Católica Argentina. <https://repositorio.uca.edu.ar/bitstream/123456789/4552/1/catarsis-y-teatro-obra-aristoteles.pdf>

Aristóteles (s.f.) *La Poética.* Universidad de Granada. https://www.ugr.es/~encinas/Docencia/Aristoteles_Poetica.pdf

Jacobo Andrés Falla Pérez

Mis ángeles viejos

Nathally Sabogal



Mis ángeles viejos

Nadie puede hacer por los niños pequeños lo que hacen los abuelos. Los abuelos tienden a rociar polvos de estrella sobre la vida de los niños pequeños.

Alex Haley

Recuerdo muy bien, cómo ese hombre a pesar de no verme, esa sonrisa tan pícaro, yo quedaba sorprendida de cómo mi abuelo siendo cieguito me podía decir eso. Un hombre que con su discapacidad fue un abuelo tan humilde, divertido, amante de los animales, tomalón, carismático y muy sentimental.

Bueno, mi abuelo se llamaba Jorge Vacca, nació en la vereda San Sebastián de Somondoco, Boyacá. Toda su vida la vivió en el campo, sus padres fueron muy duros con él, más que todo su padre; quien lo rechazaba y maltrataba. Muy joven decidió irse a vivir con un tío, en poco tiempo empezó a sentir rara su visión y empezó a perderla, pero este no sabía qué pasaba y en estos tiempos aún no existían las gafas, ni tratamientos para controlar estas enfermedades visuales. Siguió su vida de campesino, trabajaba en fincas cosechando, partiendo leña para el fogón, alimentando al ganado, lo complicado era que cada vez se le dificultaba hacer estas actividades, con el pasar de los años, un día como cualquier otro, conoció al amor de su vida: Doña Concha, como le decían en el pueblo. Esta mujer, una verraca también nacida en Somondoco y criada en el

campo, le dio la oportunidad a mi abuelo a pesar de lo que tenía en sus ojos. Se casaron y tuvieron cinco hermosas hijas. Doña Concha ya traía dos hijos de un matrimonio anterior, pero, una de las cinco niñas falleció al nacer y las otras cuatro, aún rondan por ahí. Mis tías se llaman: Flor, Rosa, Blanca y mi hermosa madre Clara la cual es la menor. Ella me contaba que mi abuelo cuando salía con ella al pueblo, el cual quedaba a 15 minutos de la finca, le decía que se hiciera delante de ella para poder guiarse, ya que alcanzaba a ver un bulto (la forma de ella). Mi madre dice que no entendía esa situación, pero a pesar de los años, vieron que esa enfermedad iba aumentando hasta que mi abuelo, alrededor de los 30 a 35 años, quedó totalmente ciego.

Mis tías se fueron de la casa a muy temprana edad, buscando nuevas oportunidades, mi madre fue de las últimas que salió del lado de mis abuelos. Todas resultaron viviendo en Bogotá, y cada una rehizo su vida con sus respectivas familias. Lo interesante de esto es que cada año íbamos todas las familias a visitar a mis queridos viejos, todo se cocinaba en leña y nos recibían con sopa dulce, cuajada, sopas, chocolate en agua, arracacha, entre otras cosas. Me gustaba ir mucho donde mis abuelos, apenas llegábamos al pueblo, todos se nos quedaban viendo y ya al bajarnos del bus empezábamos a subir la trocha, eran solo 15 minutos los cuales, era solo subida y llena de obstáculos como: raíces, piedras, arroyos, espinas y púas que separaban las fincas.

Cuando llegábamos a la finca, solo se escuchaban ladridos de perros y mis abuelos de una salían cerca a la alberca donde era la entrada; mi abuelo nos abrazaba muy fuerte, era muy alto y fortachón, a pesar de que no nos veía, tenía unos ojos hermosos y una sonrisa ni para qué decir. Mi abuela era bajita y solo usaba faldas largas y nos regañaba de como mi mamá nos vestía pues en cambio ella lo hacía con faldas cortas. La finca olía a leña, a hierba, a árboles, a caca de gallina, olía a viejitos y los animales nos recibían muy bien; mi abuelo siempre alzaba a los perros y los espichaba como si fueran unos niños, los soltaba hasta que los hacía chillar. Ay con mi abuelo, era un cuento, recuerdo que cuando nos sentamos a comer nos tocaba en troncos y mi abuelo en su mesa y eso si masticaba un poco fuerte y comía muchísimo. Él siempre tenía su bastón y cuando no lo llevaba, colocaba su mano en la pared para guiarse, a veces mis primos le escondían el bastón, eso si no me agradaba, pero bueno, eran unos niños. Era magnífico ver como con mis primos nos íbamos a escalar los barrancos y a tirarnos con cartón desde lo alto, como si fuera un rodadero, mi abuela alcanzó a tener sus vacas; un día una vaca estaba fuera de su área y yo sin querer iba por el camino de ella y salió corriendo a toda y yo corría delante de ella para que no me picaran con sus cuernos al alcanzarme, hasta que mi abuela gritó hágase a un lado y la vaca siguió derecho, mi abuela no paraba de reír, yo con el corazón a mil y asustada, me alegraba

mucho verla feliz. Mi abuelito era el único quien le ayudaba a mi abuela a prender la leña para cocinar y a veces a partirla, para ello él tocaba primero donde estaba el palo, agarraba el machete y le daba, nunca se cortó. Mi abuelo siempre lloraba cuando nos teníamos que ir porque quedaban ellos dos solitos de nuevo, siempre fue duro dejarlos solos y volver al año siguiente.

Así fueron pasando los años, y ellos cada vez más achacaditos, mi tío fue al pueblo a buscar a mi abuela y se la trajo a Bogotá para cuidarla y llevarla al médico; mi abuelo se quedó solo en la finca y fue muy duro para todos. Duró tres años solo, lo llamaban mis tías y siempre lloraba, decía que cuándo volvían a llevar a mi abuela (mi tío con él no se llevaban muy bien). Una señora lo iba a cuidar cuando podía, pero mi abuelo estaba muy solo y extrañaba mucho a su esposa, la cual estuvo a su lado por casi 50 años; lo cuidaba, le daba de comer, hacía todo lo que podía por ayudarlo en lo que necesitara. Mi abuela era muy católica y todos los domingos sin falta iba a sus misas y aquí en Bogotá donde veía una virgen oraba por todos nosotros. Mi abuela se envejeció mucho aquí en la ciudad, yo quería que ella se fuera al campo de nuevo y pudiera morir donde creció y al lado de mi abuelo, pero tristemente un día se cayó en el baño, la llevaron al médico y ya con sus 91 años encima, murió. Yo quería que Dios se la llevara porque ya estaba sufriendo mucho, pero mi abuelo quedó devastado al enterarse, un año después, falleció de 88 años por pena moral.

Ambos murieron aquí en Bogotá y no les dieron la oportunidad de morir en sus tierras, lo que ellos tanto amaban. La finca quedó sola y empezó la discusión entre mis tíos, pero a la final, hasta el día de hoy no han decidido qué hacer con ella.

eso viene de muchas generaciones atrás, así que ya nuestra generación debe romper ese hilo.

El amor perfecto a veces se conoce demasiado rápido, porque nos lo dan nuestros abuelos desde el primer momento que los vemos. Los extrañaré por siempre, pero seguiré adelante por ustedes, abuelos.

Nathally Sabogal



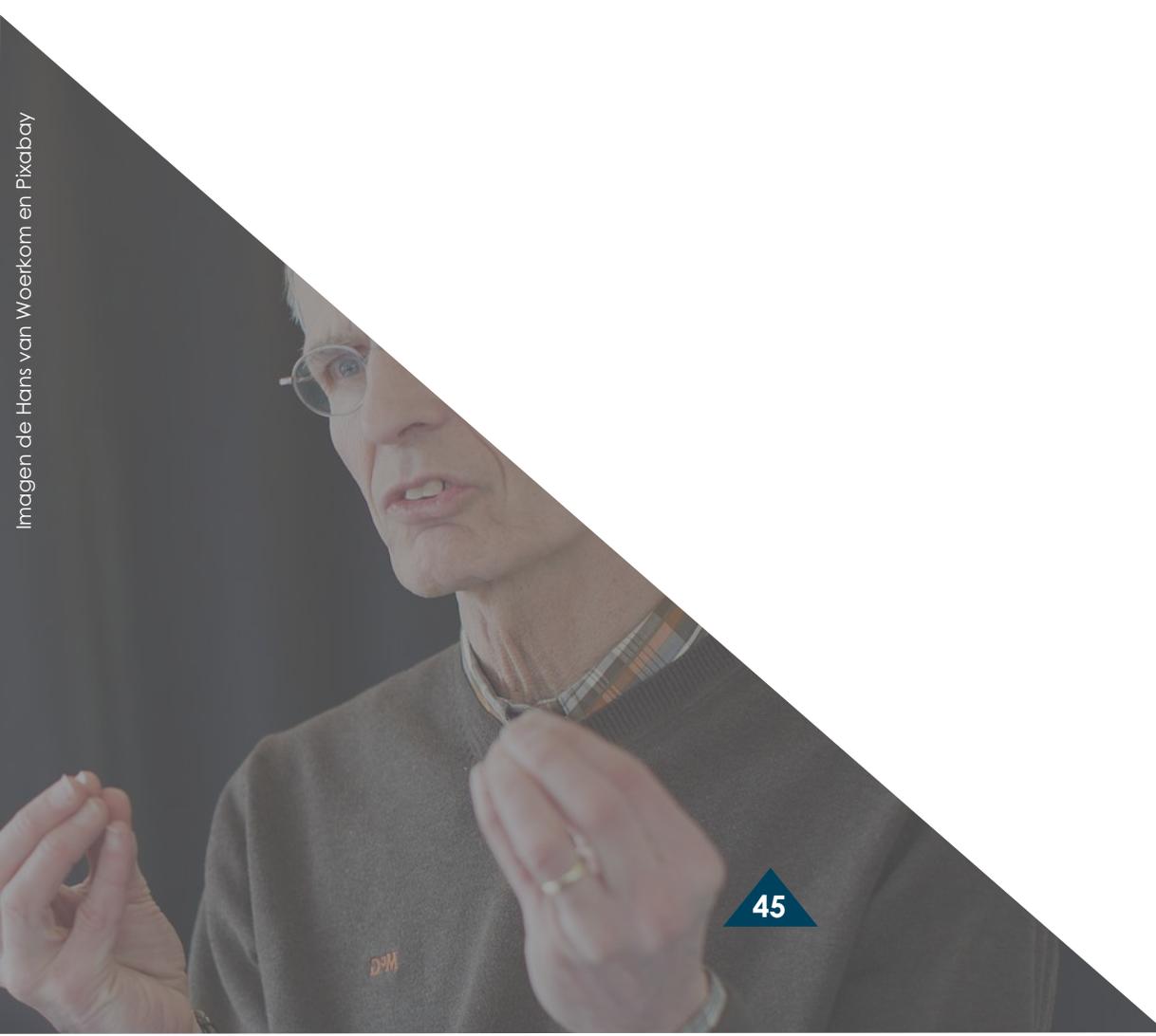
Imagen de Andrés Liévano en Pixabay

Hoy pienso, que mis abuelos nos enseñaron qué era ser perseverantes, echados pa'lante, que a pesar de las dificultades pudieron sacar a sus hijas, finca y animales adelante. A mi abuelo siempre lo recuerdo con una sonrisa, con un amor hacia los otros enorme, una humildad y sobre todo con una fuerza sin igual, así con ganas de salir adelante a pesar de su enfermedad.

Sé que Dios los tiene en su santa gloria y que son nuestros angelitos, en nuestro día a día: siempre los recuerdo y porque nos transmitieron ese amor a los animales de una manera tan hermosa. En mi familia mis primos le dan la culpa a los genes de mi abuelo por la enfermedad de los ojos, pero

La narración oral: una forma de resistencia cultural

Sandra Barreto Méndez



La narración oral: una forma de resistencia cultural

La oralidad fue el primer sistema comunicativo con el que contó la humanidad, emergió como una actividad compleja que permitió la socialización con el otro y la interpretación del mundo objetivo. La oralidad, en este sentido, requirió una emisión de sonidos que trascendieron de la interioridad del individuo al medio en el que se encontraba, este acto de fe que consistió en nombrar, en pronunciar el espacio natural, necesitó de una decodificación semántica que posibilitó crear vínculos con los sistemas externos con los que contaba (naturaleza, ruidos...). Es decir, la oralidad constituyó un salto evolutivo en el cerebro humano ampliando sus capacidades intelectuales, así que reflexionar acerca de la oralidad es remitirnos a uno de los pasos más importantes que dio la humanidad y del que aún se siguen ocupando antropólogos, científicos, lingüistas, entre otros.

La oralidad permeada por otros avances intelectuales como la escritura, la tecnología y la ciencia, se complejiza dejando atrás su condición primaria del

lenguaje y el pensamiento que se acercaba a lo objetivo, tangible y práctico; para convertirse en una experiencia subjetiva que, como lo afirma Vich y Zavala (2004), se legitima con el otro y el contexto. La oralidad, en este sentido, está cerca de lo relativo, lo que ahora emite el lenguaje oral requiere de códigos lingüísticos y semánticos más elaborados que expresan una visión de mundo más compleja.

Para América y otros lugares del mundo, la oralidad se tornó, en parte, crucial para la persistencia de la cultura, es decir que se convirtió en memoria y tradición. La tradición oral es un concepto abordado desde diferentes enfoques que parecen circunscribirse a la narración de cuentos, leyendas o relatos míticos e históricos producto de la identidad cultural de una comunidad en particular. Sin embargo, en palabras de (Hampaté, 1982, citado en Friedmann 1997). "La tradición oral es la gran escuela de la vida. Es religión, historia, recreación y diversión" (p.21). De modo que, el concepto se amplía en el sentido que estas narraciones trascienden para ser parte de las costumbres, creencias e identidades, que son expresadas también en otros rituales como cantos y bailes. No obstante, por ser una categoría que emerge en comunidades minoritarias dichas tradiciones orales parecen ser reducidas a actividades folclóricas lejanas a la cultura dominante.

En la actualidad, los narradores orales empiezan a adoptar otras formas de contar historias que reconfiguran esta tradición oral y literaria para convertirla en una práctica más urbana, artística y teatral, aparentemente cercana al ocio y/o al entretenimiento. Sin embargo, estos actos de narración oral y escénica no pueden ser reducidos a categorías como las anteriores, puesto que, en esencia, usan la oralidad como uno de los elementos más poderosos para expresar visiones de mundo, convirtiéndose en actos liberadores y de resistencia simbólica frente a la realidad que prevalece. Para James Scott (1990) en su obra *Los dominados y el arte de la resistencia* se debe presentar la categoría "discurso oculto" presente en esta clase de discursos orales, los cuales representan un potencial cultural y social que vale la pena explorar en "el comportamiento político muchas veces inaprensible de grupos subordinados" (p. 3). Oslender (2003) citando a Scott, afirma que "los microepisodios de la vida cotidiana están constituidos frecuentemente por "discursos ocultos" de resistencia" (p. 3). En otras palabras, los discursos orales presentes en la cotidianidad como en estos actos al parecer de entretenimiento representan prácticas y expresiones que desafían al poder dominante, son una crítica constante al poder, constituyéndose en actos subversivos.

La propuesta en esta instancia es reflexionar acerca de una narración oral contemporánea que puede llegar a ser considerada como un acto de resistencia. En este caso particular se examinará algunos fragmentos de la puesta escénica de narración oral llamada "Divagaciones de una gallina o el grito de Eduardo Murcia", del profesor, actor y narrador oral Freddy Ayala, en la que podemos encontrar una serie de significados que nos aproximan a concebirla como un acto performativo.

Para desarrollar este punto es necesario tener en cuenta algunos aspectos generales de la obra que posibilitará tener una panorámica general del tema, el contexto donde emerge y el impacto en el público. Para ello, se proponen las siguientes categorías:

Espacio físico: La puesta en escena se desarrolla en el Teatro Goyenechus ubicado en la localidad de Teusaquillo en la ciudad de Bogotá. Esta localidad es caracterizada por ser uno de los espacios más importantes de la ciudad en temas culturales y artísticos. El teatro tiene una antigüedad de 21 años y cuenta con una sala para aproximadamente 50 a 60 personas.

Público: asisten a la función aproximadamente 12 personas adultas con un promedio de edad de 25 a 40 años. Lo que va acorde a la presentación, ya que usa un lenguaje complejo en el que se hacen algunas referencias de tipo académico y social que pueden llegar a ser complejas para un público infantil o adolescente. Kafka, Eduard Munch, y la mitología griega hacen parte de algunos de los referentes que serán citados. Esta narración oral, aunque podría ser escuchada sin tener las referencias intelectuales

correspondientes, el contar con algunas nociones enriquece la presentación y el disfrute de esta, dándole un mayor peso semántico al discurso.

Vestuario: los cuenteros que abren el performance de la noche estarán acompañados por una característica en común: usan camisetas con referentes a la literatura y al arte respectivamente, el primero tendrá una referencia a Drácula de Bram Stoker y el segundo a la obra El Grito de Eduard Munch. En cuanto al vestuario del narrador principal: pantalones cortos, camiseta y zapatos con cordones llamativos. Un vestuario particular que tiende a lo infantil, y podría llegar a ser un símbolo implícito de resistencia social hacia los estereotipos que se imponen, sobre todo en esta era de redes sociales, en donde el culto al cuerpo y el estilo se han convertido en la religión dominante.

Teniendo en cuenta estas particularidades que nos sitúan en un espacio físico y situacional particular, encontramos una de las categorías primordiales propuestas por Vich y Zavala (2004) el contexto. Para estos autores, el contexto es parte estructural del discurso oral, constituye la base y la verdadera fuerza de los significados que allí son producidos. Se refiere a un sistema de creencias y prácticas que regulan la vida cotidiana y en el que converge el material particular e ideológico propio de una cultura. De esta manera tener en cuenta el lugar de enunciación donde se produce el discurso proporciona los elementos semánticos para comprender mejor sus intencionalidades lingüísticas y sociales. Vich y Zavala (2004) lo planean de la siguiente forma:

Sin duda nos interesa mucho el texto, vale decir lo que el orador dice (su estrategia retórica, las imágenes que emplea, las metáforas de las que se vale, su interés político, etc.) pero igualmente debe importarnos otro tipo de elementos que interfieren en la construcción del significado del evento. (p. 6)

Para el caso particular de la narración "Divagaciones de una gallina o el grito de Eduardo Murcia", el contexto puede ser analizado desde el inicio de la presentación, puesto que comienza así:

El tema que les voy a proponer en esta noche es el tema de la rabia (esta última palabra se pronuncia con una intencionalidad pausada) si nosotros hacemos una revisión etimológica nos podemos dar cuenta que este concepto tiene que ver con la enfermedad que adquieren los perros, pero posteriormente el concepto se desplaza al enojo que se produce en los seres humanos por diferentes o distintas causas. El enojo también es casi que un sinónimo de la rabia, aunque el enojo si uno hace una revisión también etimológica tiene que ver más con la palabra odio, quizás ¿Qué es el odio? (pausa) y así podemos continuar ¿no?...

Allí podemos percibir una serie de emociones (rabia, enojo y odio), que pueden ser enmarcadas en una categoría como la de emociones negativas que producen cierto malestar o desagrado. Esta descripción desalentadora dará paso a la explicación del porqué se producen estas sensaciones de manera colectiva en nuestra ciudad.

¿Qué pasa con la rabia? que ustedes tienen rabia en cualquier instante y momentos de su vida, por ejemplo, haciendo una fila, pidiendo una cita en una EPS da mucha puteria... es increíble que uno pida cita y se la asignen a uno dos o tres meses después cuando ya uno está a punto de morir; de morir ¿cierto? de sucumbir. También cuando uno está en procesos de crisis, no sé, da rabia cuando está haciendo uno una fila, cuando está esperando un Transmilenio, después de que lo atracan a uno, le da a uno una rabia (intencionalidad con los gestos y la entonación al pronunciar esta última palabra), a parte del miedo, como una impotencia. Cuando lo roban a uno, cuando lo roba el gobierno, es decir, habitamos y más en Colombia, ¿no? Yo creo que en Colombia somos un país (pausa) pues dicen que somos el país más feliz pero realmente deberíamos ser el país más rabioso.

De esta manera, vemos como el narrador desarrolla el tema de la rabia y lo que la produce, mencionando una serie de eventos propios del contexto en el que se sitúa. La intencionalidad de sus frases tiene un gran peso crítico, no solo por la fuerza que tienen las palabras enunciadas, sino además por la manera en que son dichas, pues la actitud constante del narrador refleja impotencia y oposición frente a estas realidades, y declaran a un pueblo amargado producto de la violencia estructural en la que constantemente se encuentra. Esta propuesta semántica que ofrece este discurso es compartida por el público presente, que con sus reacciones legitiman esta tesis. Lo que posibilita que se establezca una relación con la audiencia

que según Vich y Zavala (2004) "determina la retórica de su enunciación (...) los participantes al crear algunos alineamientos e imponer ciertas interpretaciones sobre lo que se dice, transforman continuamente la forma y el contenido de la narración"(p.5). Es decir, que el público se vuelve parte consustancial de la puesta en escena, es él, quien, ubicado en un contexto justifica lo que escucha para darle un sentido compartido.

En los apartados analizados encontramos como el mensaje se estructura alrededor de elementos críticos que promueven de manera clara la concientización de la realidad social y cultural, lo que permite descentrar y subvertir las representaciones sociales que han promovido estas violencias estructurales de las que hacemos parte. En este sentido, vemos como un espectáculo aparentemente con fines de entrenamiento se convierte a partir de estos elementos en un acto subversivo, en un acto de resistencia.

Para finalizar, se analizará otro fragmento en el que de manera simbólica podemos seguir reflexionando acerca de la realidad social de la ciudad, en donde la intolerancia, las marcadas brechas sociales y los altos índices de delincuencia son parte constituyente de esta metrópoli.

Va un ciego, un ciego (evoca nuevamente con ironía) caminando por un túnel, un ciego caminando por un túnel, con una linterna encendida. Un ciego caminado por un túnel con una linterna encendida (la repetición tiene una intencionalidad de describirla como un acto absurdo), lo pueden ustedes visualizar, observar... cuando de repente se encuentra con un hombre que suelta la carcajada y le dice: - oiga que chistoso usted. ¡Un ciego! ¡un ciego! sí, porque el tipo tiene un humor negro impresionante, ¡un ciego! con una linterna encendida caminando por un túnel, vaya chistoso usted, y el ciego lo mira (el narrador mira al público indicando que lo que ha dicho no puede ser) (el público ríe) y le responde: - Si buen hombre, lo hago para que una persona tan inteligente como usted no se estrelle conmigo. (pausa solemne)

Vemos cómo el narrador usa varios elementos narrativos orales que le dan a este apartado una importancia de tipo crítico; la pausa final que se da de manera solemne y que no da lugar a la risa, sino más bien a la reflexión; la repetición de algunas palabras y la intencionalidad en que son enunciadas, lo que conlleva a crear una atmósfera de lo absurdo; y el final contundente que no es necesario repetir, pues genera un impacto que conduce a una meditación que trasciende la historia misma. Una historia corta, contada con un lenguaje sencillo pero que nos conduce a una reflexión profunda, acerca de cómo estamos interpretando las acciones de los demás. En una ciudad que como mencionamos es intransigente y poco empática, esta clase de historias producen una meditación acerca de cómo nos dejamos influir por apreciaciones erradas.

De esta manera, vemos como las narraciones orales contemporáneas pueden ser analizadas desde diferentes aspectos que amplían su alcance y trascendencia para la memoria y construcción social de una cultura, posibilitando a través de ellas mecanismos para la resistencia, que parafraseando a Scott (2000) citado por Oslender (2003) se convierten en una crítica feroz a la dominación de la elite.

Referencias

Friedemann, N. (1997) De la tradición oral a la etnoliteratura. Pontificia Universidad Javeriana. (Revista América Negra, No. 13). Bogotá.

Oslender, U. (2003) Discursos Ocultos De Resistencia": Tradición Oral Y Cultura Política En Comunidades Negras De La Costa Pacífica Colombiana Ulrich. Departamento De Geografía, Universidad De Glasgow, Escocia.

Vich y Zavala (2004) La Oralidad Como Performance. Grupo editorial norma, Bogotá.

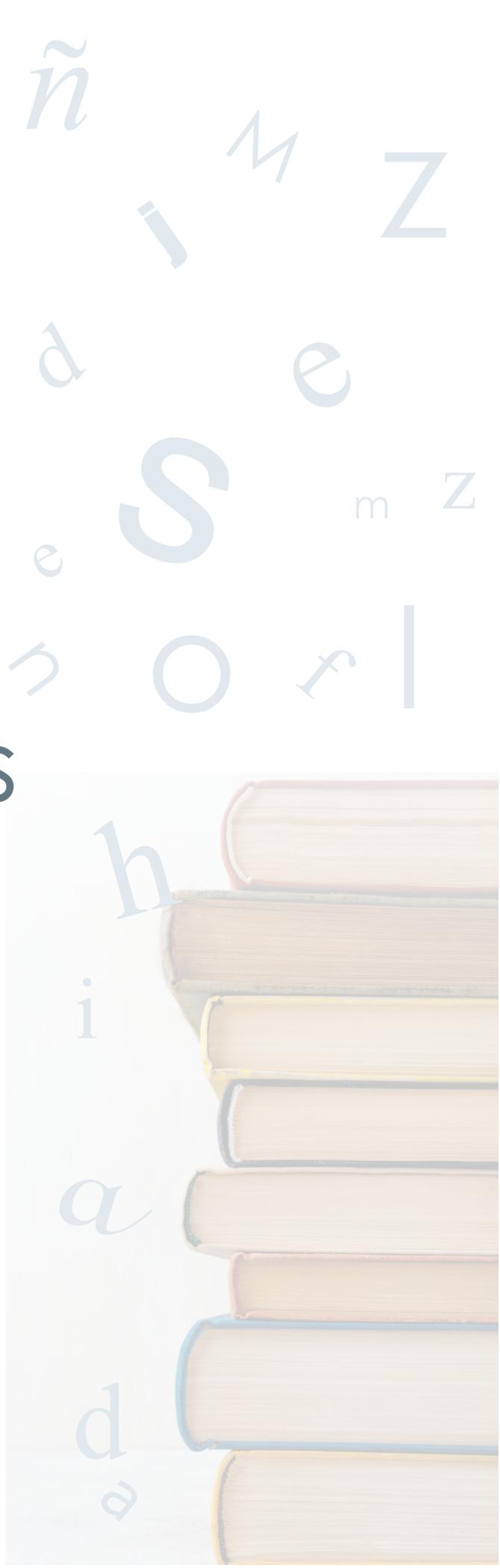
Sandra Barreto Méndez



Textos

Inmigrantes

Textos no pertenecientes a la UGC





Ojalá que cuando crezcas...

Diego Felipe Cortazar

Ojalá que cuando crezcas...

Ojalá que cuando crezcas,
sigamos jugando,
tirados en el suelo,
imaginando mil aventuras.

Ojalá que cuando crezcas,
pueda muy alto alzarte,
y tú cómo casi volando,
me regalas tus carcajadas.

Ojalá que cuando crezcas,
pueda ver tus ojos,
y tomes tu el rostro,
de este hombre maravilloso.

Ojalá que cuando crezcas,
todavía sientas,
que soy el único que puede,
abrir todas esas botellas.

Ojalá que cuando crezcas,
puedas sentir aún,
que mis abrazos,
son únicos y que suben tu ánimo.

Ojalá que cuando crezcas,
y me leas,
no sientas tanta tristeza,
si yo con Dios ya estuviera

Ojalá que cuando crezcas
quédate con una cosa
que disfrutaste,
toda vida junto a mi.
Satisfecha de haberlo hecho así.

A mis hijas Juliana y Valentina.

Diego Felipe Cortazar



Imagen de Anrita1705 en Pixabay

Me enamoré de mi muerte

Alison Fernanda Aguilera Montaña
Estudiante grado 11 I.E. Chiloé.



Imagen de Hans van Woerikom en Pixabay



Me enamoré de mi muerte

Ella salía del trabajo, un frío recorría la ciudad, un viento hacia bailar su larga y lacia cabellera de un color rojizo natural, lo mas llamativo era aquel sombrero negro sobre su cabeza resaltaba en su piel blanca, tenía ojos con un brillo bastante especial a su vez dotados de un color peculiar, pero admirable a la vista de quién los observara, eran de un tono azul oscuro que por muy poco llegaban a verse morado, alta, delgada con un estilo muy elegante pero a la vez sexi lo que resaltaba aún más su forma, de nombre Madeline, con un toque de misterio que la hace aún más atractiva a quien la observa, deseada por todos los hombres, incluso por los que no son de este mundo. Va de camino a casa y está lejos, aun así, prefirió caminar, ya que salió temprano del trabajo y quería disfrutar de la brisa y el paisaje. Madeline no se percató de que llovería, pronto empezó a precipitar fuertemente y corrió lo más rápido a un café bar que estaba en la calle de enfrente.

Al entrar vio que el lugar estaba un poco lleno, era viernes y muchos no trabajaban el sábado por lo que aprovechaban para pasar la noche con sus amigos, seguramente emborracharse, bailar y disfrutar con mujeres. El ruido de la música era un poco alto a pesar de que también era un café. Las copas de trago chocaban

unas con otras, el cuchicheo entre las personas resonaba por el lugar, no faltaban las risas escandalosas, los meseros pasaban entre las mesas, era un día ajetreado y mucha clientela.

-Quiero un café con un muffin-

-En un momento le llevaremos su pedido a la mesa- Le respondió la cajera que tomaba su pedido y lo entregaba a alguien más, Madeline solo asintió.

Se dirigió a el segundo piso de aquel lugar el que se encontraba un poco más calmado, pero con algunas personas alrededor de su mesa, había un grupo en especial, un grupo de amigos de unos 9 integrantes, los cuales no paraban de mirarla, aquellas miradas eran demasiado incómodas, pero Madeline estaba acostumbrada a esto; así que actuó como si nada pasara, sacó su celular y audífonos, se concentró en aquello hasta que llegó una mesera a entregarle su pedido, ella solo agradeció. Minutos después escuchó como aquel grupo de amigos hacía un alboroto para que luego uno de ellos se sentara a su lado.

-Hola, disculpa molestarte, pero podrías darme tu número me parece demasiado bonita, me gustaría conocerte- El muchacho un poco ebrio le hablaba a Madeline.

-Disculpa, pero no estoy interesada, mucho menos en alguien que está en un bar y ebrio- Madeline respondió sin siquiera ver al muchacho a la cara.

-Hola- Madeline giró los ojos con cara de desagrado y dejó la bebida en la mesa, puso su mirada en el chico y quedó en completo shock, no podía dejar de verlo pues era la combinación entre perfecto y apuesto a simple vista, era el chico de sus sueños sentado justo a su lado, su piel balanceada entre blanca y morena, el rostro se notaba suave, de ojos verdes con un destello de azul, un azul cristalino que brillaba, su mirada transmitían paz junto con sentimientos muy profundos como el medio del mar, barbilla perfectamente perfilada, la nariz de esas que todo mundo quiere, además en sus mejillas se posaban muchas pecas como un pequeño universo marcado en su piel y su cabello ondulado cayendo sobre su frente.

-Ven conmigo- le dijo el chico, Madeline como volviendo a la tierra y recapacitando, no se iba a ir corriendo tras de él, podría ser apuesto pero aún era un total desconocido.

- ¿Por qué iría con usted?, yo no lo conozco así que no iré- Claro que por dentro quería salir corriendo tras el chico, pero ella no era una fácil y no confiaba rápidamente en las personas; mucho menos en los hombres.

-Entonces te invito a otro café en un lugar más tranquilo- Intentó convencerla el bonito muchacho

- ¿Por qué haría eso, si ni su nombre sé? – Le dijo Madeline

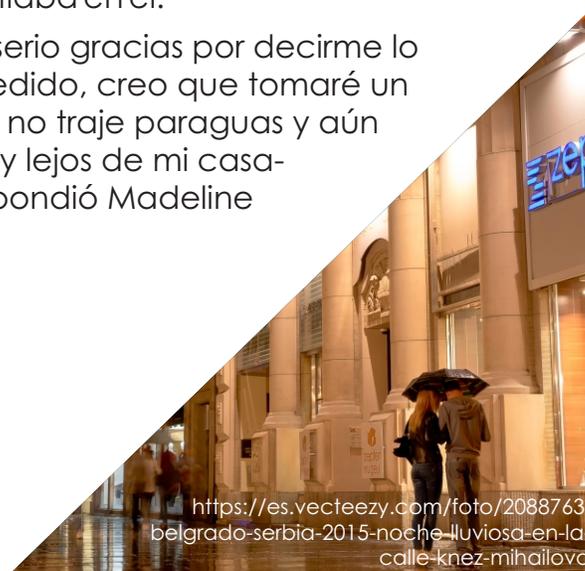
-Me llamo Cristofer, vamos no te haré daño- Él insistía. De pronto se acercó demasiado a ella y le susurraba al oído de Madeline, pero claro la tomó por sorpresa sobresaltando a la chica.

Los que están en la mesa del lado, recuerdas el que se sentó a tu lado, él te puso algo en el café- dijo Cristofer un poco molesto al contar lo sucedido.

-Está bien, aceptaré tu invitación- Madeline contestó llevándole el juego y queriendo salir de aquel lugar corriendo.

Al salir del bar la lluvia caía con mayor intensidad y ya era de noche, Madeline agradecía a Cristofer, pero aún no confiaba en él.

-En serio gracias por decirme lo sucedido, creo que tomaré un taxi, no traje paraguas y aún estoy lejos de mi casa- Respondió Madeline



-No fue nada, si me permites te acompaño a esperar un taxi- Cristofer sacó de la nada un paraguas como si lo hubiese llevado todo el tiempo, pero Madeline nunca lo percibió, por lo que decidió no prestarle atención.

-Por favor toma el paraguas y llévatelo pues lo necesitarás, yo ya debo irme- Cristofer le entregó el paraguas a Madeline, paró un taxi y se fue por donde quedaba el bar, no le permitió a Madeline siquiera decir una palabra. Cristofer esperaba afuera del bar a los hombres que intentaron drogar a Madeline, los esperó unos cuantos minutos a que saliera...

Unos cuantos días después, Madeline descansaba en su cama mientras hablaba con su mejor amiga hasta que sonó el timbre, Madeline le dijo a su amiga que iría a ver quién era, por lo que hablarían otro día.

-Buenos dí...- Abrió su puerta y lo vio, frente a ella con una caja en sus manos.

-Buenos días, con que aquí vives-. Le dijo Cristofer con las mejillas rosadas y una risita coqueta por la reacción de Madeline ante su presencia.

-Con que repartidor- Le dijo Madeline un poco avergonzada, sabía que sus mejillas estaban de un color muy rojo y ardían.

-Mmmmm no, para tu desgracia ahora seré tu vecino, solo pasaba a dejarte un regalo como a todos mis nuevos vecinos- Respondió Cristofer

-Qué coincidencia, o acaso aquella noche me seguiste y decidiste mudarte al apartamento del lado- Madeline asintió con una cara pensativa, pero en broma.

-Lamentablemente fue coincidencia, no creas que por bonita te acosaría, además mi madre es la dueña de apartamento junto al tuyo- Optó con risa burlona

-Ash, ¡pues gracias por el regalo!, presumido, adiós- Madeline tomó el regalo y al cerrar la puerta él lo impidió.

Los meses pasaron y Madeline empezó a notar conducta extraña en él, como ocultar partes de su cuerpo a veces hasta su cara. También notó que él desaparecía entre días. Decidió seguirlo.

- ¿Por qué me seguiste? - dijo sin mirarla y con una voz muy fría.

-Sé que ocultas algo y la curiosidad me mata- Cuestionó Madeline.

-Realmente quieres saber lo que oculto, te lo mostraré, pero tendrás que prometerme que no te irás, ni gritarás- Dijo con una voz muy suave y triste como si supiera lo que iba a pasar.

-Lo prometo- Inspiró Madeline con completa seguridad.

Cristofer se retiró los guantes, la chaqueta y desabotonó su camisa, se giró así ella, Madeline, cambió el rostro pues estaba aterrada y olvidó por completo la promesa que hace unos segundos había hecho un par de segundos atrás y gritó del susto, quería correr, pero era como si algo impidiera que se moviera. Él se acercó a

ella y poco a poco se iba descubriendo más su figura, la que era por grandes rasgos muy aterradora.

-Yo sí me llamo Cristofer, pero soy el encargado de tu muerte, yo nací en este mundo en el momento en el que tú lo hiciste, es la naturaleza impresa en nosotros los seres humanos, Madeline, tu eres la primera persona que tengo a mi cargo, te he acompañado desde que nacimos y te he visto crecer a la par nuestra, veo todo lo que haces, Y no soy un ángel, porque soy lo opuesto a uno, nadie debería saber de nuestra existencia, pero yo, yo me enamoré de ti en el instante que te vi, ambos crecimos, pero, te veía desde las sombras y te protegía, aunque eso fuera contra las reglas, el día en que me conociste, ese día debías morir, pero lo evité y tuve que matar a algunos más para conservar el equilibrio, rompí una y mil reglas, pues utilicé todo mi poder para ser completamente una persona o tan siquiera un intento de ello, todo esto porque...

Porque te amo y no podía soportar que te fueras de este mundo y ya no te pudiese siquiera ver, lo entiendo y lamento lo ocurrido hasta aquí, está bien si quieres huir, porque a veces hasta yo quiero hacerlo, ¿por qué te quedarías frente de un monstruo que realmente no es más que un montón de huesos y que está destinado a matar, y vigilar a esa persona desde las sombras?- Dijo en milésimas de segundo a cada pestañeo que Madeline daba.

Madeline, aterrada ante la declaración de aquel ser, ella también sentía atracción por él, porque sus sentimientos y forma de ser era lo que le llamaba. Pero no podría estar nunca con él, pues era un ser de otro mundo, aún le aterraba ver su forma física real.

Alison Fernanda Aguilera Montaña
Estudiante grado 11 I.E. Chiloé.



Imagen de Rebecca Burg en Pixabay

¿Han dicho mujeres?: Fragmentación y fluidez en la literatura escrita por mujeres y la crítica literaria feminista.

Dra. Alejandra Olarte Fernández.
Profesora asociada Universidad de la Salle.
Invitada a la Lección Inaugural 2022 - I

¿Han dicho mujeres?: Fragmentación y fluidez en la literatura escrita por mujeres y la crítica literaria feminista.

En tiempos de discusiones álgidas en la que cualquier asunto parece permearse por el discurso y la política de las identidades, el arte y la literatura resultan las manifestaciones más palmarias y complejas de dichas discusiones. Para algunas escritoras, buena parte del discurso feminista ha alcanzado una suerte de callejón sin salida; para otras escritoras, parte de ese discurso todavía se precisa. Pero la necesidad de hablar de género se puede percibir como una camisa de fuerza para muchas escritoras, pues su escritura pareciera definirse, desde un afuera, por ser mujeres, por el llamado de la feminidad y/o por el deseo de liberarse de ese yugo. Desde que las mujeres empezaron a ser publicadas, especialmente en el siglo XIX y la mitad del siglo XX, se podía asumir que sus intereses escriturales giraban alrededor de la figura de los hombres y/o de las representaciones y mandatos de un tipo de masculinidad, ya fuera porque a los hombres se los ama, porque los hombres las aman a ellas o porque no las aman. La figura de los hombres y su cifra paradigmática, el falo, resultaban centrales de diferentes maneras explícitas o implícitas. Aún en nuestros días, a los escritores hombres excepcionalmente les preguntan por lo que implica y significa ser un hombre-escritor en tal o cual ámbito o qué piensan sobre la masculinidad y la feminidad en sus novelas. Esta pregunta también puede ser entendida, en el caso que se les haga, como una cuestión de corrección política, y nada más.

Sin embargo, e innegablemente, la exploración por parte de las mujeres escritoras sobre las figuras de las mujeres en sus novelas, cuentos o poesía en el transcurso de los últimos 150 años (por delimitar un periodo de escritura, publicación y circulación de textos escritos por mujeres) ha sido uno de los puntos de inflexión del movimiento feminista y de la crítica literaria durante el siglo XX. Esta indagación ha implicado una suerte de estigmatización: la literatura de las mujeres—especialmente aquella que trata sobre mujeres o temas que giran en torno a lo “femenino” o lo doméstico—ha sido considerada como una literatura menor o una literatura que no interpela a los seres humanos en su conjunto, sino solo a las mujeres por sus temas; en consonancia, se entiende como sentimental y melodramática —en el mejor de los casos emotiva— así sea textos maravillosamente escritos. Por ellos, apenas hace unas décadas, críticos hombres empezaron a transitar por las aguas de la literatura escrita por mujeres. Así, cuando la

mirada del crítico en el siglo XX se ha detenido en textos escritos por mujeres es más común que lo haga sobre escritoras canónicas; por ejemplo, fue común en la crítica anglosajona que se hicieran estudios más amplios de las obras de escritoras inglesas –Jane Austen, las hermanas Brontë, Elizabeth Gaskell y George Eliot, entre otras–, ya no necesariamente fijándose en asuntos de género. Por otro lado, cuando algunas escritoras tendían a dejar de lado protagonistas, imaginarios o cuestiones atravesadas por el género, su escritura podía ser equiparada, en términos críticos o incluso elogiosos, más fácilmente con la de los hombres. Es el caso de Juan Rulfo, quién habría afirmado con respecto a la escritora colombiana Fanny Buitrago que era la mejor escritora latinoamericana porque escribía como un hombre (Gutiérrez, 2018).

En nuestros días, pareciera que mucha agua ha pasado por debajo del puente. Las publicaciones y los encuentros de escritoras mujeres están a la orden del día a nivel global. Aunque no se trate de un proceso evolutivo, una sí podría plantear que en Latinoamérica hasta hace poco empezó el esplendor epocal de la literatura escrita por mujeres. Sin embargo, todavía resulta problemático en los programas de Humanidades que en una clase no electiva se lea solamente a mujeres o que se crea que leer solo escritoras no es estudiar literatura, por ejemplo, sino género y feminismo. Inclusive que se piense que estos temas carecen de profundidad y/o que están de moda y por eso se incluyen en los currículos.

Famosamente, Virginia Woolf, una de las primeras escritoras consideradas en el canon occidental del siglo XX, realizó una suerte de cartografía de las mujeres en, para y desde la escritura. En *Una habitación propia* (1928) Woolf realiza un análisis que prefigura la línea del tiempo de los estudios feministas y de género en relación con la literatura: primero, plantea cómo se ha visto a las mujeres en los libros escritos por hombres, es decir en la tradición literaria; segundo, se fija en cómo las mujeres mismas han empezado a conocer, reconocer y estudiar figuras de autoridad y de ascendencia y han establecido una escritura propia, un fraseo propio; tercero, establece una comparación entre los contextos de escritura de los hombres y los contextos de escritura de las mujeres. Además de esta cartografía, y fundamentalmente, nombra la relevancia y examina las condiciones socio-económicas de las mujeres en pos de entender sus posibilidades de dedicarse a la escritura. Por último, propone una suerte de androginia cognitiva a la hora de crear: no escribimos solo como mujer; no escribimos solo como hombre, elementos de una y otra se conjugan en el acto creativo de nuestro cerebro. No le interesa a Woolf, sin embargo, una posición neutra o universalista. Desde una enunciación contemporánea y contextualista, podemos entender cómo Woolf está denunciando un patriarcado histórico que en la experiencia cotidiana de miles y miles de mujeres implicó la represión y auto-represión impuestas y el silencio y la tragedia subsecuentes:

Sin embargo, cuando leemos algo sobre una bruja zambullida en agua, una mujer poseída de los demonios, una sabia mujer que vendía hierbas o incluso un hombre muy notable que tenía una madre, nos hallamos, creo, sobre la pista de una novelista malograda, una poetisa reprimida, alguna Jane Austen muda y desconocida, alguna Emily Brontë que se machacó los sesos en los paramos o anduvo haciendo muecas por las carreteras, enloquecida por la tortura en que su don la hacía vivir (37).

Woolf explicita en este ensayo –y en sus novelas, cuentos y otros textos– la necesidad de discutir las condiciones materiales, espirituales y emocionales que han constreñido, o propiciado, la libertad artística e intelectual de las mujeres. Durante el siglo XX, centenares de escritoras alrededor del mundo han experimentado y contado versiones similares de la misma situación expuesta por Woolf y en esa medida han trazado un camino compartido, no siempre de manera consciente o activista, que es creativo y crítico-teórico.

A la vez, las reacciones y las adendas a los planteamientos de Virginia Woolf no se hicieron esperar en las siguientes décadas. En la tradición anglosajona, por ejemplo, la escritora Adrienne Rich criticó el equilibrio planteado por Woolf; no con respecto a la androginia sino al hecho de que la inglesa ve la manifestación palmaria de las emociones como un exceso y un error de las mujeres en la escritura. Por el contrario, para Rich, este es un punto central: la rabia es importante expresarla, que sea fuente de creación, del arte:

Quedé sorprendida ante el esfuerzo y los dolores asumidos en el intento de tono duro. Yo reconocía ese tono. Lo había escuchado mil veces en mi misma y en otras mujeres. Es el tono de una mujer al punto de topar con su ira, que está decidida a no mostrar su enojo, que se esfuerza en estar calmada, distanciada, y casi encantadora en un cuarto lleno de hombres donde se han dicho cosas que son un ataque a su integridad (50).

Rich está reaccionando ante el examen crítico que hace Woolf sobre el tono claramente emocional de Charlotte Brontë a través del personaje de Jane Eyre. Para Woolf, Brontë hace mal en evidenciar una emoción intensa porque quería decir perder el control. Para la estadounidense, este control interno y autocensurado es precisamente lo que las mujeres deben soltar para poder escribir. Por ello, también plantea la cuestión de qué se juega en la escritura y qué se juega en ella cómo escritora.

Con la segunda ola del feminismo, de la diferencia, escritoras francesas en los sesenta y setenta empezaron a dibujar límites más marcados con respecto a dinámicas propias del patriarcado e, inclusive, lo masculino. Helene Cixous, Luce Irigaray y Monique Wittig, entre otras, empiezan a elaborar más radicalmente la relación entre escritura y ser mujeres; también reflexionan sobre su acto de escritura: ¿Existe una escritura femenina? Sí, una escritura del juego, del cuerpo, de los sentires, de la *jouissance* (del goce). Se empiezan a tejer y nombrar líneas de ascendencia femenina y se posiciona la literatura no en una dicotomía sino en un lugar marginal de posibilidades iconoclastas, que no tienen a los hombres o a lo fálico como centro ni como injerencia notoria. Por ello, la escritura empieza a tomar forma alrededor de lo que implica ser mujer en una totalidad que también es fragmento, que se alimenta de imágenes, por ejemplo de Medusa, y empieza a retomar figuras femeninas que Woolf nombra por su ausencia (sin embargo ya Sor Juana Inés de la Cruz en el siglo XVII había hecho una magnífica y extensa lista de mujeres creadoras e intelectuales en *La Respuesta a Sor Filotea*).

Por esa ruta, aparece en la tradición anglosajona de la crítica literaria el concepto de la Ginocrítica (*Gynocritics*) cuyo interés primordial es identificar asuntos propios del sujeto femenino en la literatura escrita por mujeres, haciendo énfasis en que existe una subjetividad y un modo de vivenciar que es femenino y que le interesa elaborar una tradición literaria femenina. En esa medida, este planteamiento crítico también se concentra en destacar en la literatura escrita por mujeres un lenguaje propiamente femenino. La ginocrítica, cuya teórica y crítica más reconocida es Elaine Showalter, ha sido criticada por esencialista pero, a su vez, ha tenido relecturas y reelaboraciones desde la crítica literaria.

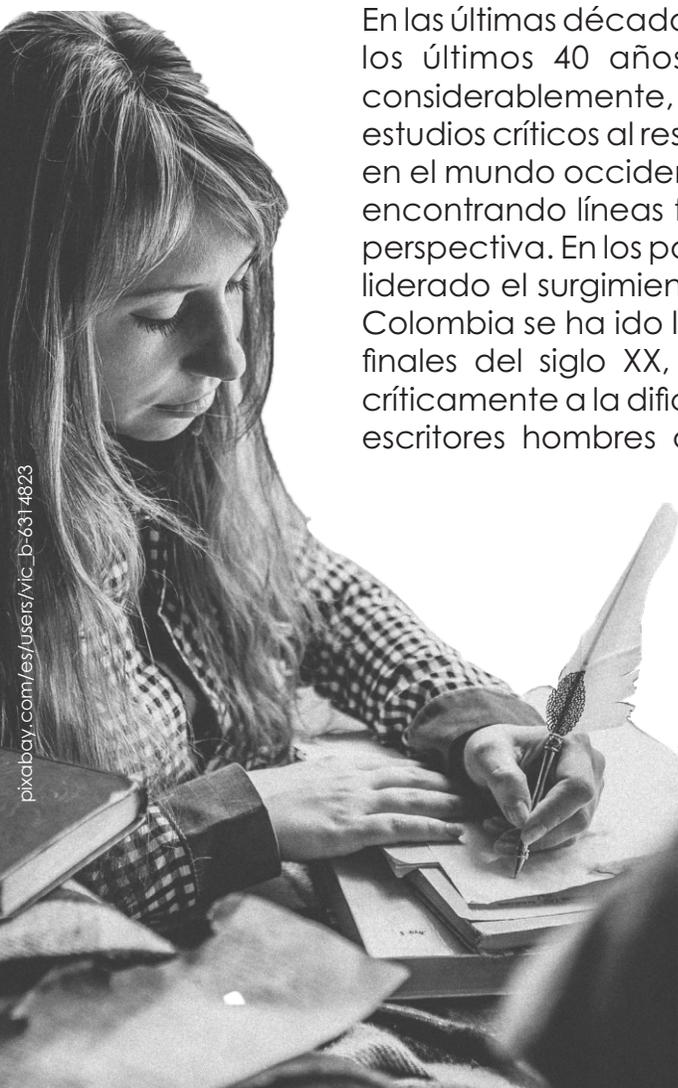
En las últimas décadas del siglo XX y lo que va del siglo XXI (más o menos en los últimos 40 años) el grupo de mujeres publicadas se extendió considerablemente, así como la relectura de escritoras del siglo XIX y los estudios críticos al respecto; por ejemplo, el caso de las escritoras inglesas en el mundo occidental evidencia el viraje de mujeres leyendo mujeres y encontrando líneas femeninas de ascendencia creativa, temática y de perspectiva. En los países latinoamericanos, Argentina, Brasil y México han liderado el surgimiento y resurgimiento de escritoras publicadas y leídas. Colombia se ha ido lentamente afianzando en el proceso y escritoras de finales del siglo XX, como Marvel Moreno entre otras, ya apuntaban críticamente a la dificultad de ser publicadas y leídas, en contraste con los escritores hombres de la región. Incluso se dio un descuido editorial, notado por Moreno en su obra que aunque no pareciera haber sido intencionado implicaba el poco interés en editar la obra de las mujeres. La escritora y excelente crítica literaria Helena Araújo plantea en la década de los ochentas la imagen-concepto de la *Scherezada* criolla para referirse a las escritoras latinoamericanas (junto a ella también está Monserrat Ordóñez como precursora de la crítica feminista literaria colombiana):

Por esa ruta, aparece en la tradición anglosajona de la crítica literaria el concepto de la Ginocrítica (Gynocritics) cuyo interés primordial es identificar asuntos propios del sujeto femenino en la literatura escrita por mujeres, haciendo énfasis en que existe una subjetividad y un modo de vivenciar que es femenino y que le interesa elaborar una tradición literaria femenina. En esa medida, este planteamiento crítico también se concentra en destacar en la literatura escrita por mujeres un lenguaje propiamente femenino. La ginocrítica, cuya teórica y crítica más reconocida es Elaine Showalter, ha sido criticada por esencialista pero, a su vez, ha tenido relecturas y reelaboraciones desde la crítica literaria.

En las últimas décadas del siglo XX y lo que va del siglo XXI (más o menos en los últimos 40 años) el grupo de mujeres publicadas se extendió considerablemente, así como la relectura de escritoras del siglo XIX y los estudios críticos al respecto; por ejemplo, el caso de las escritoras inglesas en el mundo occidental evidencia el viraje de mujeres leyendo mujeres y encontrando líneas femeninas de ascendencia creativa, temática y de perspectiva. En los países latinoamericanos, Argentina, Brasil y México han liderado el surgimiento y resurgimiento de escritoras publicadas y leídas. Colombia se ha ido lentamente afianzando en el proceso y escritoras de finales del siglo XX, como Marvel Moreno entre otras, ya apuntaban críticamente a la dificultad de ser publicadas y leídas, en contraste con los escritores hombres de la región. Incluso se dio un descuido editorial,

notado por Moreno en su obra que aunque no pareciera haber sido intencionado implicaba el poco interés en editar la obra de las mujeres. La escritora y excelente crítica literaria Helena Araújo plantea en la década de los ochentas la imagen-concepto de la Scherezada criolla para referirse a las escritoras latinoamericanas (junto a ella también está Monserrat Ordóñez como precursora de la crítica feminista literaria colombiana):

Scherezada en el trópico, Scherezada en el páramo, Scherezada en la sierra, en el llano, en la aldea, en la subdesarrollada ciudad latinoamericana. Scherezada sería un buen nombre kitsch para la escritora del continente. ¿Por qué? Porque como Scherezada ha tenido que narrar historias e inventar ficciones en carrera



desesperada contra el tiempo que conlleva la amenaza de muerte: muerte en la pérdida de la identidad y en la pérdida del deseo. Muerte-castigo. Seguramente también la latinoamericana ha escrito desafiando a la sociedad y a un sistema que imponen un anonimato. Ha escrito sintiéndose ansiosa de robarle unas hojas al padre o al marido. Sobre todo, ha escrito siendo infiel a ese papel para el cual fuera predestinada, el único, el de madre. Escribir, entonces, ha sido su manera de prolongar una libertad ilusoria y posponer una condena (33).

Araújo, como Woolf en su momento y como otras varias de las académicas feministas durante el siglo XX, asume una posición crítica sobre el rol metafórico y la lucha real, de largo aliento, de la escritora latinoamericana. Hay, además, una cuestión subyacente: ¿cómo y cuándo la mujer escritora latinoamericana podrá liberarse de ese yugo de encantamiento al que está sometida? Es decir, hay una suerte de futuro ideal, que no se sabe si va a alcanzar. Ese futuro es salvación, y aunque hay un camino esbozado, resulta complejo llegar allí porque implica vencer conjuntamente el patriarcado de nuestras sociedades y encontrar la voz firme, que afiance la independencia y que a la vez pueda utilizar ese lenguaje femenino. Araújo, tal vez pensando en Woolf otra vez, encuentra, sin embargo, que el lenguaje femenino es bisexual, no se trata de intercambiar de manos el poder, de repetir "la parábola del amo y del esclavo". (23)

Entrada la década de los noventa el asunto sobre la escritura femenina se desborda y desborda. La crítica y escritora chilena Nelly Richard lo elabora planteando la idea de una escritura femenina que va más allá de la esencialización del hombre y la mujer: no es necesario ser una mujer para tener una escritura femenina, hombres y mujeres, y transgéneros, pueden escribir femeninamente. En sus palabras:

(...) –más allá de los condicionamientos biológico-sexuales y psicosociales que definen el sujeto autor influyen en ciertas modalidades de comportamiento cultural y público– la escritura pone en movimiento el cruce interdialéctico de varias fuerzas de subjetivación. Al menos dos de ellas se responden una a otra: la semiótico - pulsional (femenina) que siempre desborda la finitud de la palabra con su energía transverbal, y la racionalizante-conceptualizante (masculina) que simboliza la institución del signo y preserva el límite sociocomunicativo. Ambas fuerzas coactúan en cada proceso de subjetivación creativa: es el predominio de una fuerza sobre la otra la que polariza la escritura sea en términos masculinos (cuando se impone la norma estabilizante) sea en términos femeninos (cuando prevalece el vertigo desestructurador) (132).

Richard parece retomar la dicotomía que las escritoras posmodernas se concentraron en dismantelar; pero, más bien, su análisis asume una semiótica del signo escrito con la que trabaja para dismantlar las perversidades de esa misma dicotomía. Se podría una preguntar a partir de este planteamiento de Richard, incluso en el contexto actual, cuál sería esa escritura masculina y si quieren los hombres nombrarse a ellos mismos en la escritura o nombrar su escritura o sus contextos como masculinos.

Para esta misma época se consolida otra perspectiva inquisitiva sobre la escritura y la literatura que viene a acompañar y también a dismantlar estas preguntas provenientes de diversos feminismos; en específico el del feminismo negro. Entre las feministas que se identificaron en primera instancia como mujeres negras (por ejemplo Audre Lorde, Bell Hooks), la escritora Toni Morrison en su papel de crítica y académica revisa cómo el acto imaginativo de la literatura, inclusive cuando tiene una perspectiva combativa-feminista, puede resultar implícitamente conservadora, racista y racializante. Imágenes y elaboraciones del lenguaje contrapuestas de blanquitud y negritud están en textos diversos de ficción:

Ambos ejercicios [escribir y leer] requieren estar alerta y preparados para la belleza inexplicable, para la complejidad o la simple elegancia de la imaginación del escritor, para el mundo que evoca la imaginación. Ambos requieren ser conscientes de los lugares donde la imaginación se sabotea a sí misma, cierra sus propias puertas, contamina su visión. Escribir y leer significa tomar conciencia de las nociones de riesgo y seguridad del escritor, la consecución serena o la lucha sudorosa por el sentido y la responsabilidad. (Kindle).

El análisis de Morrison apunta a una crítica básica al feminismo en la literatura y es que no porque se escriba sobre un asunto con una mirada imaginativa, quiere decir que una puede evadir un componente sesgado y que corresponde a un punto ciego. Este componente puede provenir de una vivencia colectiva pero brota como una acción individual y en el acto de recepción vuelve a ser transformado. El público lector asume inconscientemente todo un repertorio interpretativo; por eso la tarea de los lectores críticos es señalarlo. La imaginación es un concepto vital, pero también tradicionalmente ha sido elaborado y explicado por un linaje de pensadores blancos: ¿Quiénes son los personajes afroamericanos y negros y qué "función" o rol asumen en el texto literario?

Por supuesto, este enfoque forma parte de una mirada que las escritoras estadounidenses empezaron a movilizar ya en los años sesenta y setenta y que se ha ido afianzado hasta ser una alternativa común hoy en día: la interseccionalidad, que, en pocas palabras, propone observar las dinámicas sociales en sus contextos específicos, teniendo en cuenta las categorías de análisis y vivenciales de raza, clase y género. No

porque se deba agregar, como apilando, una categoría a otra, sino porque se hace necesario entender los mundos de los seres humanos, pensando en sus complejidades contextuales, vitales y cotidianas. Esto implica un proceso crítico y autocrítico que no puede devenir en culpa sino en reflexión. Por ello, la literatura, como otros ámbitos del conocimiento y de las artes, precisa de una mirada interseccional para entender cómo lo literario matiza un discurso, por ejemplo el de género, o lo satura si asume una supuesta verdad extratextual (como ciertas dinámicas sociales: racistas, clasistas o machistas).

Tomando en cuenta este mismo contexto, otras escritoras críticas en lo que va del presente siglo han entendido que un discurso de género, por ejemplo en los espacios políticos y culturales nacionales, pueden, precisamente, acaparar un discurso y, en esa medida, dejar de lado lo que en un principio se quería criticar o que la herramienta utilizada para develar las discriminaciones, como la rabia y la denuncia, se vuelvan en instrumentos de auto-victimización o de complicidad con aspectos liberales o neoliberales. La crítica cultural estadounidense Lauren Berlant explica muy bien este proceso de sentimentalización en la arena política y legal en los Estados Unidos, arena que también se ha alimentado de la narrativa, tanto cinematográfica como literaria. Berlant afirma:

Brown argumenta que la identificación de la identidad minoritaria con una herida –una historia convencional sobre las heridas particulares y particularizantes causadas por la dominación– debe llevar a que la herida se fetichice como evidencia de identidad, lo que otorga monumentalidad y valor a la misma negatividad que también quiere superar. Como resultado, la lucha de las minorías puede quedar atrapada en un surco de autorrepetición y resentimiento habitual, mientras que desde fuera parecería vulnerable a la acusación de “política de víctimas” que tiene una genealogía más larga, más específica y mucho más privilegiada de lo que ella sugiere. En particular, me gustaría conectarlo con algo que llamo sentimentalismo nacional, es decir, una retórica liberal de promesa históricamente asumida en los Estados Unidos, que reconoce que una nación puede construirse mejor a través de campos de diferencia social a través de canales de identificación afectiva y empatía (12).

Si bien Berlant no está haciendo aquí análisis literario (aunque sí lo hace en otros textos) la crítica a esta suerte de narrativa tiene relevancia en el ámbito literario y en la revisión que hemos hecho: el sentimentalismo como lo entiende Berlant puede devenir de una posición de víctima y marginalización que se vuelve recalcitrante sin necesariamente ser consciente de ello y, más allá, crear una idea de empatía que se queda en un decir muy propio de nuestros contextos liberales, o que quieren ser liberales como el de Colombia,

pero que no se lleva a cabo en la acción. Se puede afirmar que los discursos literarios, como señalaba antes, pueden enfatizar ese sentimentalismo y aparente empatía o pueden problematizarlos siendo emocionales, sentimentales y feministas.

Con este punto concluyo con algunos elementos generales sobre la literatura escrita por mujeres y la crítica literaria feminista (aunque los cuestionamientos no se agotan) que todavía son relevantes:

- Las miradas feministas y de género en la crítica y en la literatura escrita por mujeres responden a una configuración diversa, amplia y contextual, aunque, a su vez, tienen algunos elementos que se reiteran con el paso de los años porque las transformaciones se dan a un paso propio, a veces muy lento. De ahí que las críticas hayan seguido insistiendo en el concepto de lenguaje y escritura femenina.

- Las perspectivas de género y feministas tienen varias aristas, están lejos de contenerse o de resolverse en un solo asunto como a veces se entiende en las críticas a estas perspectivas por parte de diversos humanistas que tienden a un discurso más universalista y crítico de las identidades. No se debe dejar de hacer crítica literaria feminista, los estudios de género en la literatura apenas empiezan.

- Es preciso analizar las limitaciones y las potencias de estudiar las identidades en las humanidades y en nuestro caso concreto, en la literatura. No se trata de una corrección política ni censurante ni censurada, sino de una mirada crítica. Es la re-visión, no la corrección. Pero ese proceso es plural y en esa medida no puede existir una unidad, tal vez como punto de partida, pero no como un punto de llegada. Por ello, más que un afianzarse, hay un cuestionamiento de las identidades que, no obstante, parte de un reconocimiento inicial de ellas.

- Al tomar en cuenta el aspecto temático, todavía queda mucho trabajo para recoger, releer y escribir con una perspectiva feminista en la crítica literaria y llamada "humanista". Por ejemplo, eso nos llevaría a una revisión de lo que implica la cancelación (en su acepción pos-MeToo) de artistas y actos estéticos, en especial los literarios.

- Entre estos estudios hay que revisar y analizar los estudios editoriales al respecto, especialmente en Colombia: ¿Qué se está publicando y por qué? Que se publiquen y se estén publicando más escritoras no implica que un público amplio de hombres las esté leyendo más.

Bibliografía

Araújo, H. (1989). *La Scherezada criolla. Ensayos sobre escritura femenina latinoamericana*. Universidad Nacional de Colombia.

Berlant, L. (2012). *El corazón de la nación. Ensayos sobre política y sentimentalismo* (V. Schussheim, Trans.). FCE. Originalmente publicada en 2002.

Gutierrez Mavesoy, A. (2019). *Machismo se inscribe con M de mujer: La parodia como gesto de autora en la obra de Fanny Buitrago*. *Cuadernos de literatura del Caribe e Hispanoamérica*, (29), 125-144. Doi: <http://dx.doi.org/10.15648/cl.29.2019.7>

Morrison, T. Morrison. T. (1993). *Playing in the Dark: Whiteness and the Literary Imagination*. Vintage Books.

Rich, A. (1983). "Cuando las muertas despertamos: escribir como revisión". *Sobre mentiras, secretos y silencios* (M. Dalton, Trans.) Icaria.

Richard, N. (1994). ¿Tiene sexo la escritura? *Debate Feminista*. 9, 127-139. <https://www.jstor.org/stable/42624218>

Woolf, V. (2008). *Un habitación propia* (L. Pujol, Trans.). Seix Barral. Originalmente publicada en 1928.

Dra. Alejandra Olarte Fernández
Profesora asociada Universidad de la Salle
Invitada a la Lección Inaugural 2022 - I

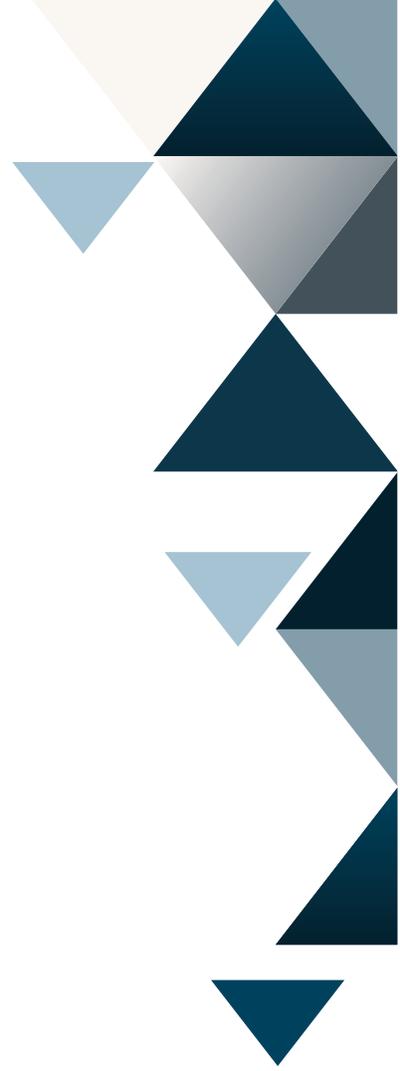


Textos
Dorados
Textos de docentes UGC



Mañana blanca

Andrey Porras Montejo



Mañana blanca

Es una prohibición,
pero a los árboles se les caen las hojas,

significa apostar el infinito,
¿y por qué no jugarse un corazón
pletórico,
una esperma urgente,
una neurona traviesa,
un nervio ebrio y bailarín?

Hay otros en la sombra,
nos están mirando,
con el espacio intocable,
la huella inmachita,

pero el palpito no es cotidiano,
y los compartimientos escondidos
viven en el destierro.

El secreto es la sustancia involuntaria,
en los espacios de soledad
carcome las palabras que no se dijeron,
los sentimientos que no se ubicaron,
las caricias desaparecidas en el intento,
los murmullos agazapados en el pecho,
las noches inventadas, ahogadas en el
naufragio,

todo muere en la premura,
todo se hace espuma antes de ser
humano,
el corazón apresa una música estéril,
menciona un dolor innombrable,

¿por qué sufrir por lo que no tiene
tiempo? ¿por qué temblar por lo que se
ubica en el espacio?
¿por qué no desaparecer la identidad
entre tanta pantomima?

El espíritu siente nostalgia de la piel
cambiada de la serpiente,
esta piel con lunares no cambia,
y lo prohibido, la apuesta, los otros, el
secreto...la muerte del instante...
también desaparecerán.

Andrey Porras Montejo

Soledad

William Fernando González

Imagen de Curt Cornum en Pixabay



Soledad

Anila aún tenía el sabor de los mares en su cuerpo, la arena de la playa en la planta de los pies y el calor del sol en los hombros y cuello. De fondo, en un tono muy bajo y de forma casi profética, sonaba "Again" de Lenny Kravitz. Ella, atribulada por el cansancio torcía con cuidado su cuerpo y recostaba su cabeza en la ventanilla del carro para que la imagen oscura de los árboles, a mitad de una carretera vacía, perfilarán el sueño merecido después de unos días de verano en la playa. Él, con una sonrisa contemplativa, desviaba la vista de vez en vez para perderse en el dorado de su pelo y la inmensidad de unos labios finos y delgados que trazaron, durante varios años, la delgada línea entre cordura y locura.

Faltarían un par de horas para llegar a Bogotá y él no podía disimular la alegría que sentía de verla allí, dormida y extasiada por una aventura en la que se habían regalado la posibilidad de estar juntos, una aventura donde exiliaron de su realidad a todos cuantos los acompañaban, una en la que solo podían habitar ellos, para ellos y con ellos. Una aventura que fue pensada en un café, fue planeada luego de una cena y consumada en una mañana de viernes en la que se escogieron a sí mismos para vivir, sin pensar, que la vida los había elegido para morir.

Morir era un vocablo inexistente en sus planes, pero como toda muerte sería inesperada, repentina, volátil. Una muerte dolorosa que cobraba el precio de los días de felicidad que la habían antecedido. Una muerte desquebrajadora que a él lo haría sucumbir y a ella la transportaría a un mundo sin él. Una muerte que batía sin contemplación una guadaña para arrancar seres, almas y vidas, tan despiadada que en su corte fino rompía el absolutismo del tiempo para hacer perecer, para robar lo que por naturaleza le pertenecía, la muerte es envidiosa, por lo que le costaba ver que Anila sonriera.

Maldita muerte, muerte maldita que ha venido a posarse en él y, sin piedad alguna, inició con su cabeza. Lo tocó suavemente en el costado derecho y allí, en el mundo de los vivos, Aldo se sintió tambalear con un fuerte dolor que estrujaba su ser. Lento y titubeante se abalanzó a un costado del carro y cerró los ojos, tomó una bocanada de aire y se agarró fuertemente la cabeza con su par de manos que lentamente perdían las fuerzas, las mismas que se restaban de sus piernas y poco a poco, por un impulso sobrenatural, hacía que perdiera el control de sí, esto gracias a una fuerza inclemente que lo tiraba hacia al piso frío y húmedo de la calle.

Ella, de espaldas al acontecimiento, buscaba entre sus sueños y su bolso las llaves de la puerta. Hacía frío y su cuerpo temblaba. El abrigo sobre sus hombros era delgado y fino ante la inclemencia de un clima que perforaba el alma e incluso los

huesos, ese que se había puesto de acuerdo con la absurda muerte para diseñar un teatro del horror donde los protagonistas serían alejados del escenario, un plano cruel, fatídico y fragmentado que dibujaba esquelas de lamentaciones, corona de flores y una misa exequial en honor a aquel que no existiría más. Maldito clima, maldita muerte...

-Vida linda, ¿tienes tus llaves? Y un silencio prolongado bastó para que Anila volteara su mirada y lo viera jadeante. En ese preciso momento, la angustia, la incertidumbre y la preocupación la hicieron presa vulnerable y, al emprender carrera hasta el cuerpo de su amado, sintió una ventisca que helaba sus pasos, mientras que al otro lado de la calle la muerte soltaba carcajadas y danzaba un ritual histórico en el que evocaba al viejo Caronte. Al verla próxima y cercana de Aldo, la muerte suspendió la danza, emprendió carrera, fugazmente puso uno de sus esqueléticos huesos de la mano derecha sobre el pecho de Aldo.

Cosa seria, cosa jodida, el aire se le fue y el ritmo del corazón disminuía paulatinamente, las manos eran recorridas por pequeñas sensaciones nerviosas que se asemejaban a una carrera de hormigas, sus pupilas se dilataban ensombreciendo el alma, opacando la vida y allí, justo cuando intentaba respirar, sintió la mano fresca fría y delicada de ella, por un corto momento, recordó la primera vez que se aventuró a sentirla. En una sala, con algunos amigos,

después de una tarde de juegos y cuando habían quedado solos, decidió sentirla para experimentar el deseo humano de posarse en ella, por su parte ella tierna y tímida, no pudo escapar a ese momento y la dejó allí para dar paso a lo que sería su gran amor. Y fueron días, meses, años en que sus manos se juntaban para recorrer la vida. Esas pequeñas y entrelazadas extremidades que se juntaron un sábado de agosto en una capilla de la céntrica Bogotá donde prometerían un para siempre, esas mismas manos que ahora se tomaban para decirse adiós.

William Fernando González



Lo que se cree y lo que
se dice desde
tragedias y comedias:
en una vida que está a
merced de la muerte

José Enrique Copete



Imagen de Enrique Meseguer en Pixabay

Lo que se cree y lo que se dice desde tragedias y comedias: en una vida que está a merced de la muerte

Para el mundo de los trágicos no se ha dimensionado el ser ahí desde el ámbito de la vida, es decir; el ser en el mundo. Luego, para el trágico el modo de ser está condicionado por un futuro infausto que le acontecerá, por eso se le dificultará ser feliz, es por esto que el ser humano que vive a merced de lo que pasará no disfruta el día a día y su cotidianidad. El predecir las cosas hace que en la vida se pierda la capacidad de asombro y el factor sorpresa que genera en los humanos un interés por lo pasmoso y novedoso. El romper paradigmas, por ejemplo, permite avanzar en cambios que redundarán en beneficios para la sociedad, por esta razón, al trágico se le obstaculizará acabar con esquemas y derribarlos. Por el mismo hecho que, a su cultura se le complica la factibilidad que tiene el cambio, aunque según Heidegger, "el ser humano está

arrojado hacía un futuro", es decir que no tiene una reacción cognoscitiva con el mundo, es un ente en existencia, pues está lanzado sobre el cosmos.

Con base en lo anterior, surge un cuestionamiento: ¿será que está devorado el Dasein por el mundo? Parte de esa respuesta la tenemos a través Edmund Husserl, por medio de la escuela fenomenológica, la cual dice que el sujeto busca salir de lo que está en sí mismo. En síntesis, el hombre está arrojado hacia afuera, no se parte de la subjetividad que hay. Por tanto, no se parte de relación sujeto-mundo, es decir que este está eyectado, por medio de una concepción fenomenológica en la cual la conciencia es intencional y va más allá. Ciertamente, hay cosas afuera que son independientes de lo que se piense, por lo tanto, para el hombre la condición de arrojado se hace a través de sus posibles, el hombre no es realidad es posibilidad lo menciona Heidegger.

Por otro lado, en el mundo de "los comedias" podríamos decir que el Dasein antes que realidad: es posibilidad, "Somos posibilidad, nuestros posibles nos constituyen" menciona Heidegger, de hecho, hay una posibilidad que está en todas; y es la posibilidad de morir en unos de mis posibles. Desde el contexto del habitante de comedias se percibe una inquietud por esta situación, una angustia que proviene de la experiencia de la nada, teniendo en cuenta que la experiencia de la nada; es la experiencia de la muerte,

porque decir que se morirá, es decir que se está afrontando la más difícil de las posibilidades.

Se podría decir entonces, que el hombre es más hombre cuando se angustia y despierta la inquietud por lo que será o pasará, estos cuestionamientos se pueden reflejar en la historia de la humanidad, la cual desde sus inicios ha buscado su propia interpretación de lo que fue, es y será la muerte. La muerte como un episodio de posibilidad en cualquier decisión, por ende, la muerte puede imposibilitar todas las posibilidades, igualmente se puede decir que ésta habita en todas las posibilidades. Esta es una de las razones por las que el hombre se pasa la vida ocultándose, que es un ser para la muerte. Para los trágicos no pasa esto, en cambio en "los comedias" la fecha está a merced del secreto del azar, el hombre no quiere morir por eso se aturde pensando que el Dasein es ser para la muerte. Seguramente, el hombre quiere negar la angustia de la muerte y crear una existencia inauténtica, por ello la estrategia es negar que es ese ser para la muerte, como pasa en "los comedias".

En conclusión, cuando el hombre impersonaliza su ser, menciona las situaciones y eventos desde la distancia que genera la masa o colectivo, desde la invisibilidad de la generalidad o la inmersión en un mundo anónimo. El Dasein quiere unirse ese ser desconocido no tener que pensar que la muerte va a ser una experiencia inexorable y propia, por eso es

claro que nadie puede morir por uno. El Dasein niega la muerte, la traslada al otro, por ello la muerte se presenta como un espectáculo al cual se asiste desde la distancia en el ejercicio del rol que tiene el espectador.

José Enrique Copete

Los no-libros

Andrey Porras Montejo



Imagen de StockSnap en Pixabay

Los no-libros

La cara sucia nunca fue la garantía de repetidas condiciones sociales; así como tampoco, la pulcritud de cuello blanco ha sido el registro fascinante de la transparencia.

El hallazgo más excelso al que ha podido llegar la humanidad es el de invertir esas categorías, pasar de un lado al otro el maniqueísmo y la ultranza: convertir la cara sucia en cuello blanco y viceversa. Con esto inventar otro sistema intransigente.

No hay lucidez en esas manifestaciones, y explico la palabra desde su montaña luminosa, es decir, no hay luz en tales acontecimientos, y la consecuencia humana, ese producto de tantas ideologías sociales, políticas y económicas, perpetúa un ciclo, una espiral de lienzos ensombrecidos por palabras vacías.

Queda en la afectividad de la memoria un hastío delator, que algunos lo ahogan con un trago delirante, sabroso, y desde su soledad aprenden la naturaleza de no querer seguir compartiendo este mundo. Su solipsismo los engrandece.

Puesto que un profesor, después de ocho horas de clase, revisa sus apuntes jamás publicados, y entiende que todos los títulos de sus libros nunca publicados, le impiden soportar tan inmenso tedio.

Andrey Porras Montejo

Imagen de Enrique Meseguer en Pixabay



Un agujero en el zapato del pie derecho

Christian Camilo Villanueva

Imagen de Pexels en Pixabay



Un agujero en el zapato del pie derecho

La vida (...) es un cuento
Contado por un idiota,
Lleno de ruido y de furia,
Y que no significa nada.

Macbeth, William Shakespeare

Al principio la conferencia Wittgenstein y el análisis lógico-semántico del discurso sociopolítico parece interesante, dada la importancia que la influencia de este filósofo ha alcanzado dentro de las ciencias humanas y sociales contemporáneas y, sobretudo, por la seriedad y la firmeza con que la maestra expositora conduce la sesión sobre tan importante autor y su no menos relevante legado. ¿Cómo decirlo? Fue algo repentino, sin la más absoluta importancia. "Es el desgaste natural de los materiales, pero se ve que es una buena suela y podrá resistir sin chistar las dos semanas que faltan para la llegada del pago". Seguía lloviendo a cántaros sobre la ciudad y la niebla que se formaba en las ventanas impedía ver qué sucedía en el mundo, cuando ella transpuso el umbral de la cafetería donde yo esperaba impaciente el cappuccino que había pedido hacía un instante. Puesto que no me puedo dar el lujo de andar cambiando de zapatos cada vez que se arrugan o se ensucian, después de observarlo cuidadosamente, de palpar por dentro y por fuera la superficie ablandada, deduje que aún podría usarlos sin ninguna complicación durante algún tiempo más. Ah, empezó haciendo una cronología del tipo: que nació en Viena en 1889 y murió en Cambridge en 1951... hmmm... que el papá era el magnate acerero más rico y poderoso de toda Austria... que estudió algo de ingeniería mecánica... este... a los 19 viajó a Inglaterra, a la Universidad de Manchester como estudiante investigador de ingeniería aeronáutica... que ahí leyó los Principia matemática de Rusell y dejó la ingeniería para irse a estudiar lógica en Cambridge con el mismísimo Rusell. Era cierto entonces que la había estado esperando con mayor impaciencia que al cappuccino, pues desde ese corto pero agradable encuentro que habíamos tenido en el Auditorio Mayor mi vida había dejado de ser la misma para convertirse en... otra muy parecida. Entonces me calcé y me eché a andar por estas calles con la certeza de que a mi zapato derecho aún le quedaba mucha vía por delante y mucho trecho por recorrer. Fue en este periodo de su vida cuando concibió su obra maestra: el Tractatus logicophilosophicus, un libro breve, escrito en un estilo aforístico, sentencioso, pero cuyo carácter intenso y deslumbrante lo llena de vigor, además de

devenir en una serie de implicaciones para la filosofía, la lógica y, como lo veremos en esta conferencia, en el campo de las humanidades y las ciencias sociales en general. Cómo había delirado con su piel, me imaginaba que sabía y olía a duraznos, a los duraznos que solía recoger en el jardín de mi abuela; cómo sentía el aroma a almendras que exhalaba cada uno de sus cabellos mientras se deslizaban suavemente sobre mi pecho; cómo poder creer que besaba de nuevo sus labios, sus gruesos y pequeños labios, iguales a mandarinas jugosas que estallan al morderlas y derraman cada gota de su exquisito néctar. Con lo que no contaba entonces era que con mis frecuentes y largas caminatas el caucho terminaría por ceder más rápidamente de lo previsto, así que esa blandura terminaría por disolverse en la nada, dándole paso a la existencia de un minúsculo, insignificante e inoportuno agujero en la suela de mi zapato derecho.

En este libro, Wittgenstein hace una aseveración que puede sonar muy dura en principio, pero que si se analiza con más cuidado, puede revelar muchos aspectos ocultos en su interior y revelarnos alcances insospechados de la lingüística aplicada al discurso sociopolítico. Esa afirmación es “de lo que no se puede hablar, lo mejor es callarse”. Al fin había llegado el cappuccino que había pedido y ella me había visto y se dirigía con todo su encanto y su piel de durazno hacia la mesa donde me hallaba, llegó hasta allí y me levanté con un movimiento firme, casi automático, para recibirla con un tímido “Hola, qué rico verte”, y de nuevo volvía a imaginarla. Y hasta ahí ha hablado de Wittgenstein, es todo lo que tengo en mis apuntes. Me sonrió tímidamente y susurró un “Gracias” que más parecía la queja lastimera de un náufrago que una verdadera manifestación de gratitud. Durante el tiempo que restaba para el pago, el agujero aprovechó para crecer rápida y desmesuradamente, alimentado por las innumerables y extensas jornadas a las que eran sometidos mis zapatos y por el inclemente asfalto que hervía en las calles de la ciudad. Caminábamos entonces por el sendero de la Alameda Nueva, rumbo al Parque Pontifical. La luna empezaba a asomarse por encima del extenso cúmulo de nubes que la rodeaban para mostrar todo el filo de sus dos cuernos, mientras que los faroles iluminaban tenuemente los adoquines de la calzada. Me sentí ofendido por esa tacaña muestra de agradecimiento, pensé que había perdido todo el tiempo anterior mientras le revelaba los escasos apuntes de la conferencia y también pensé que sería inútil retornar al punto en el que se encontraba la misma; así que, aburrido y molesto, decidí ponerme a contar las tablas que recubrían el techo del auditorio, mientras al fondo rebotaba la voz semigangosa de la maestra expositora. A pesar de que crecía tan rápidamente, el muy cretino lo hacía calladito, taimadamente, como si se regocijara pensando en el instante en que se manifestaría con todo su poder y toda su fuerza... y ese debut glorioso y sublime llegaría pronto. ¿Quieres subir? No, así está bien. ¿Ni siquiera por otra taza de café? No, no. Te lo agradezco en serio. Ah, mira que la noche está fría, es algo tarde, y tú y yo estamos solos... hmmm, no sé... ¡ay, dale, dale! Quizá después te arrepientas... bueno,

okey, subamos pues. Doscientos cincuenta y uno, doscientos cincuenta y dos, doscientos cincuenta y tres, doscientos cincuenta y cuatro, doscientos cincuenta y cinco. Esa tarde debía ir a la biblioteca pues tenía una cita a las cuatro con alguien a quien había conocido unos días atrás. Después de darle la comida a mi gato y de cerciorarme de que la plancha no se quedara conectada, las ventanas estuvieran cerradas y la llave del gas hacia abajo me lancé a la calle bajo el más torrencial de los aguaceros que hubieran caído en la ciudad hasta entonces. Después de esa fantasía con paseo nocturno incluido, desperté y estaba en la cafetería, justo frente a ella; de repente vi mi cara de idiota reflejada en sus lentes y decidí concentrarme en el capuccino y dejar que se desahogara contándome lo que le había ocurrido desde la mañana. Sin embargo, luego de este primer periodo logicista, en el que reducía el lenguaje a una serie de aseveraciones más o menos coherentes con la realidad del mundo y en la que consideraba que los hechos estaban más allá de dichas fronteras hasta el punto de creer que aquello que puede ser dicho no puede ser mostrado y viceversa, el filósofo vienés se sumergió en un largo silencio del que sólo saldría muchos años más tarde para reevaluar todas sus propuestas anteriores. Cuando salí de la casa no imaginaba que justo esa tarde tendría lugar la grandiosa e inoportuna epifanía del agujero en mi zapato derecho, lo único que me importaba era el hecho de que ella había aceptado por fin mi invitación para tomarnos un cappuccino en la cafetería de la biblioteca. Sin embargo, el cielo se fue llenando de espesas nubes negras que presagiaban un verdadero diluvio, mientras que de las montañas descendía raudo el viento helado e impetuoso típico de estas tardes en las que llueve en la ciudad. Ahí fue cuando recordé que había salido sin paraguas, sin abrigo, sin guantes y que si el aguacero me atrapaba en pleno camino, lo iba a pasar realmente mal. Me aburrí de contar las tablas y dirigí mi mirada hacia la ingrata que estaba a mi lado y no sé por qué razón exacta en ese instante me fijé en sus cabellos largos que se deshacían en suaves ondas sobre su rostro, en sus ojos opacos que apenas se vislumbraban tras los cristales de sus lentes redondos, su piel clara y lisa. Imagínate que esta mañana el profe Calderón nos pidió los apuntes de la conferencia de Wittgenstein y que a partir de ellos hiciéramos aplicaciones al contexto político actual y la forma cómo los medios de comunicación influyen en él. Yo no sabía qué hacer, pues la verdad no le entendí mucho a la vieja esta... ¿Martínez era que se llamaba? Sí, sí... pues lo que hice fue tomar uno de los puntos que discutimos después, ¿te acuerdas? Ese del de que los juegos del lenguaje son propios de cada esfera social en el que se producen, y pues de ahí me pegué para echar carreta con lo de la manipulación de la información, los significados de la misma para cada sector de la sociedad y otro pocotón de vainas que ni para qué te cuento. El aguacero era inminente y lo supe así cuando descendieron violentamente sobre mí los primeros goterones y de un momento a otro el panorama se hizo indiscernible, pero eso no fue lo malo. Lo realmente malo llegó en el momento en que

comencé a sentir que mi calcetín derecho empezaba a humedecerse paulatinamente hasta quedar absolutamente ensopado por el agua que dejaba entrar en mi zapato el miserable agujero que se había manifestado por fin. Lo conocí en la conferencia que hicieron en la universidad en la Semana del Lenguaje y a la que nos obligó a ir el cucho Calderón, el de Análisis de medios... No, pues yo llegué tardísimo porque me cogió la noche y es que a quién se le ocurre poner una conferencia de esas a las ocho de la mañana... póngala a las diez o a medio día, pero a esa hora no llega nadie y mucho menos a semejante lejura. Así que Wittgenstein en su siguiente libro llamado Investigaciones filosóficas sostiene que el lenguaje ya no tiene nada que ver con una estructura lógica referida al mundo, sino que está compuesto por una serie de universos en los cuales lo que existen son los "juegos de lenguaje" en los que cada hablante desempeña un rol de acuerdo al contexto en el cual se halla ubicado. Yo seguía mirándola en silencio, asintiendo ridículamente a cada una de las cosas que me contaba, pero no podía apartar la vista de sus labios que estremecían el aire, llenándolo de una dulce fragancia que tal vez únicamente yo podía sentir en aquel momento. Me disgustaba la sensación al caminar, era como tener un sapo enorme entre el zapato y el pie, podía oír ese particular ruido de chapoteo que hacen todas las cosas empapadas y el frío que hacía afuera era insoportable, me empezaba a calar hasta los huesos... Si tan sólo hubiese traído mi paraguas... No, pues lo que hizo fue que cuando llegué me contó qué había dicho la vieja de la conferencia, y como a la mitad de la charla sentí que me estaba mirando, que no me quitaba los ojos de encima... No, pues, imagínate el susto... yo pensé que el man se había tragado de mí o que era uno de esos pervertidos que la desvisten a una con la mirada... Pero después de que se acabó esa vaina el tipo me buscó y nos quedamos hablando un rato afuera del auditorio. Me pareció tan hermosa entonces, en ella había una gracia que no conseguía explicar y que hacía desaparecer cualquier cosa que tuviese vida a su alrededor. Me fascinó sobretodo el aroma sutil que emanaba de su piel y que me recordaba algo muy lejano, como enterrado en mi más remota infancia. Había llegado por fin a la biblioteca, estaba a salvo del chaparrón, pero me di cuenta que iba dejando tras de mí un rastro húmedo imposible de ocultar, producto de mi encharcado pie derecho. Así que rogué al Cielo para que ella no se diera cuenta y subí lo más rápido que pude al último piso donde estaba la cafetería, el sitio donde habíamos quedado de vernos a las cuatro de la tarde. Cuando llegué, lo primero que hice fue pedir un cappuccino bien caliente para espantar el frío que estaba a punto de acabar con mi vida. Sin embargo, hay que tener cuidado a la hora de establecer relaciones entre las aseveraciones de Wittgenstein y lo que ocurre realmente en el mundo. Estas hay que leerlas bajo el beneficio de la duda, pues muchas veces son de carácter restrictivo y puede uno encontrarse edificando castillos sobre el aire a partir de argumentos en los que hay que encontrar primero el sentido verdadero para luego sí

inferir adecuadamente lo que se quiere proponer. Ah, pues nada... hablamos de vainas de la conferencia, le pedí ayuda con un par de cosas que no entendí y pues ahí estuvimos hablando como hasta medio día, cuando le dije que tenía que irme... pues sí, estaba como bonito, eso sí tenía una pinta de intelectual de aquí a Pekín, pero me gustó cómo hablaba, como con una voz como gruesa pero lenta, como esas que le gustan a una pa' que la arrullen... no como la de Calderón, qué man tan frito, vieja... Y cuando terminó por fin la conferencia después de las estúpidas preguntas que siempre hace el público en eventos como estos, supe que debía ir tras ella, no dejar escapar esa visión que había tenido en el auditorio, no dejar que se diluyera en el recuerdo como me había ocurrido antes en otras circunstancias, por eso la seguí hasta la salida y busqué cualquier pretexto para hablarle y poder verla de nuevo. No, pues yo creo que me va a ir bien, igual, Calderón nunca lee los ejercicios, es más, en toda la facultad no creo que haya un solo profesor que los lea. Siempre llega el final de semestre y uno se encuentra con el pucho de trabajos que le entregan a una, todos chuleados de afán y con notas aproximativas, ya por eso ni me esfuerzo, basta con echar un carrito medio coherente y ahí se va. Y yo colgado de sus palabras, de sus extrañas teorías sobre la dinámica de los estudios en la facultad, cuando sólo ansiaba cerrarle la boca con un beso, que el calor de su cuerpo se llevara lejos el frío que me carcomía y que nuestros cuerpos se fundieran, ya no en mi imaginación, sino en la calidez de unas sábanas retorcidas. Pues... bueno, bueno... no estaba, pero ahí como pa'l gasto. Tiene unas manos grandes y delgadas, como de pianista, pero no es músico... no, como que estudia es Ciencias Sociales o Historia, ya no me acuerdo... Pero nada, igual vamos a ver que pasa el martes que quedamos de vernos en la cafetería de la biblioteca... a las cuatro... listo, yo le cuento, chao. Cuando terminamos nuestro café, salimos de la cafetería y nos fuimos caminando por la Avenida Rosales para subir por la Alameda Nueva hasta cerca del Parque Pontifical donde ella vivía. Ya no llovía, pero aún sentía los estragos que había dejado el agujero y su inoportuna aparición, juré que apenas llegara el pago compraría un par de zapatos nuevo, botaría estos muy lejos y me olvidaría para siempre de que alguna vez tuve un agujero en el zapato del pie derecho.

Christian Camilo Villanueva



Grafotextos





Escritura taciturna

Katherin Muñoz Forero

Escritura taciturna

2:30 a.m. No hay más sonido que el de unos borrachines que se encuentran a unas calles, mientras intento descifrar lo que sus aturcidas lenguas sueltan por mi cabeza. Solo pasa que tengo que entregar el próximo libro antes de terminar la semana, hoy ya es jueves, mi esperanza es casi inexistente y diría que mi responsabilidad me obliga a estar sentado al frente de esta pantalla para escribir algo y cumplir con mi trabajo, así como el estudiante debe entregar la tarea, solo que este lo hace por una calificación así como yo lo hago para tener los pesos que me darán de comer los próximos meses hasta que una idea brillante llegue a mi cabeza o mi interés por algo genere una investigación que valga la pena, por ahora ninguna de las dos opciones es probable así que me conformaré con que salga algo antes del domingo. Deberé hablar con la editora si no lo logré. Ella es una mujer escalofriantemente buena, parece medir milimétricamente todo para que salga perfecto en el momento preciso, su mirada es aterradora, incluso cuando sonríe y prefiero estar lo más lejos posible de ella, sin embargo, es gracias a esa psicorrígida forma de ser que funciona esta empresa, de hecho ese podría ser un buen tema ¿cuándo la psicorígidez se vuelve TOC? En tres días no seré capaz de averiguar toda la teoría psiquiátrica del asunto, tal vez para

una próxima oportunidad.

Un asesinato por crimen pasional podría ser otra opción, novela tras novela sucede y se venden como pan caliente, pero no tengo pasiones que me lleven a pensar en algo por este estilo, ni sensación de celos pasa por mi cabeza, o quizás sí, pero no por amores, celos de esos y esas que tienen una capacidad intelectual superior, o que así pareciera, también de los que parecen llevar una vida en completa calma ¿cómo lo harán? ¡Maldición! De nuevo divagando por mi mente, a este paso va a ser viernes.

La desesperante alarma suena, son las 10:00 a.m. y el archivo sigue en blanco, voy a buscar algo de comer para despejar mi mente y de paso quitar el ardor de mi estómago, solo hay un queso ranseo, un tomate lleno de un verde mohoso de donde se salió la penicilina, también hay un pan de dudosa procedencia... miro la alacena y recuerdo la razón de entregar algo a la editora antes del domingo. Cuando publique mi obra maestra no faltará el buen vino, ese delicioso queso que viene en cera roja y las frutas para acompañar las veladas de una buena escritura, si es que algún día por fin la dejo fluir. Desgraciado momento en el que creí que esto me haría feliz y no me malinterprete, escribir me da cierta paz y alegría que el resto del mundo no me puede proporcionar, pero que no llena está máquina que me mantiene con vida.

Tal vez una ingeniería hubiera sido mejor profesión, mi madre decía que no entender matemáticas no era un gran problema,

madre bella en qué hermosa utopía me enseñaste a vivir. Podría escribir del amor a una mascota, en estos tiempos la gente se muere por esas historias, como que les da mucha melancolía pensar en lo malo que les podría pasar a sus animales de compañía, sin embargo, entró en conflictos morales y hasta pienso en cosas como volverme vegetariano o pensar en que los perros y gatos se podrían comer, es solo que esta segunda idea se me hace demasiado desagradable, aunque haya sido por enseñanza cultural.

Podría escribir, sobre un gato muerto en la pared, pero Poe saldría de su tumba a enseñarme porque no debo copiarlo y de paso sus seguidores me señalarían, por lo que mi fama de escritor se iría al piso desde antes de empezar. Quizás un poco de chocolate ilumine mi mente y venga a mí una idea maravillosa que fluya en armonía con las teclas del portátil... o quizás no.

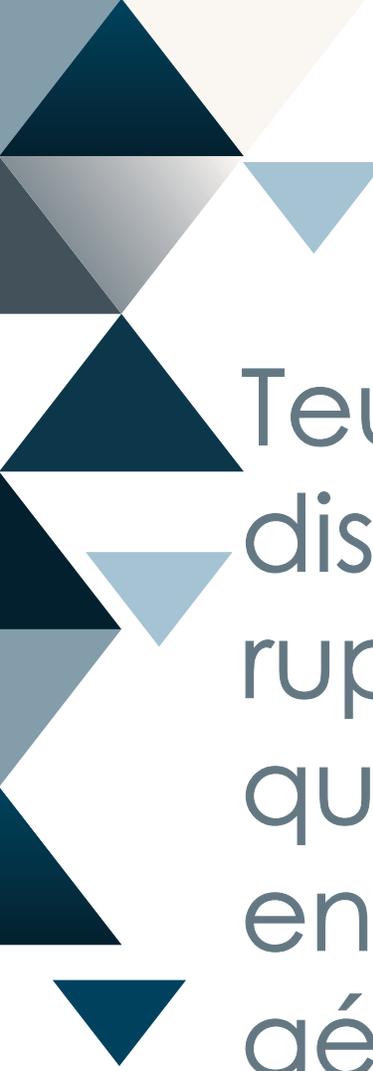
Ni modo, el tiempo se agota solo queda una opción, retomar obras que escribí en el pasado y generar un tipo de transformación que no las permita caer en autoplagio, complacer al público, así como a la editora y por último que llenar la alacena para en los próximos meses poder tener el tiempo de creación para algo fantástico dónde fluya la historia que me llevará a ser el próximo nobel de literatura.

O no...

Katherin Muñoz Forero



Imagen de Jan Vašek en Pixabay



Teun van Dijk, discurso literario y ruptura de la quietud cotidiana en cuestiones de género

Angela María Vargas Pérez

Teun van Dijk, discurso literario y ruptura de la quietud cotidiana en cuestiones de género

Al igual que con los esquemas mentales de cada estudiante, la polifonía del discurso se caracteriza por la multiplicidad de representaciones y sentidos dentro de un mismo texto, en este caso literario. Así, entender la polifonía del discurso como recurso dentro del perfil docente abre paso a la generación de nuevas perspectivas y significados sociales sobre los roles de género.

Por tanto, siendo parte del perfil docente, la polifonía se convierte en una herramienta u oportunidad que brinda el docente para realizar un análisis pragmático del discurso (cómo los contextos desde cada particularidad del individuo influyen en la interpretación del discurso), con el fin de comprender mejor el mismo, teniendo en cuenta que el discurso literario puede entenderse desde la diversidad. Esto es, desde la apertura a múltiples métodos de análisis basados en los esquemas mentales de cada lector.

Según Teun A. van Dijk, en su libro *El discurso como interacción social* (2000, pg. 33), el punto social desde el cual se acerca como lector al discurso interviene en el impacto del texto leído:

...algunos roles y relaciones sociales son por lo general relevantes, como ser amigo o enemigo, tener poder o no poseerlo, ser dominante o dominado, mientras que otros parecen tener un impacto menos sistemático sobre el texto y el habla y su comprensión, tales como ser primero o último, ser entusiasta del cine o del teatro.

Esto implica que dentro del discurso nos encontraremos con algunas señales de posición social y que, con base en estas, se generará una intención comunicativa, unos usos lingüísticos y, en el caso de la oralidad, unas señales paralingüísticas que lo configurarán. Con base en lo anterior, ya tendremos una noción de que en el discurso se encontrará la diversidad de los puntos de enunciación con los cuales se construye. Asimismo, continúa van Dijk:

...las personas adaptan lo que dicen —cómo lo dicen y cómo interpretan lo que otros dicen— a algunos de sus roles o identidades, y a los papeles de otros participantes.

Este es precisamente el sentido del análisis del contexto: las estructuras del discurso varían en función de las estructuras del contexto y pueden, al mismo tiempo, explicarse en términos de estas últimas estructuras. (2000, pg. 33)

Con esto se complementa la idea de la diversidad dentro del discurso: además de encontrar en este unas señales lingüísticas que se originan en un contexto específico, el análisis del discurso también se verá permeado por los patrones de pensamientos e ideas que solidifican una visión de mundo y que le pertenece al lector de la obra literaria. Entender esta diversidad tanto de situaciones como de esquemas mentales es lo que le permite al docente una apertura al análisis literario relacionado con los roles sociales de género desde diferentes perspectivas, para que el estudiante se permita entender la realidad como una pluralidad y al discurso como una herramienta que rompe los patrones sociales convencionales para reflexionar sobre estos:

El análisis de acciones realizado más arriba sugiere varias dimensiones sociocognitivas, tales como las del conocimiento y las creencias personales o socialmente compartidas. Todas las explicaciones acerca de los significados implícitos, las presuposiciones o las interpretaciones del discurso de los usuarios del lenguaje suponen necesariamente alguna forma de conocimiento de los participantes. (van Dijk, 2000, pg. 36)

El campo literario es el de interés en este ensayo debido a su juego con la emoción y la ficción para ampliar el campo de visión sobre la realidad y, por lo tanto, con las insatisfacciones sobre los conceptos del género y la identidad en la sociedad.

Esto ocurre, por ejemplo, desde el campo político, al encontrarnos con discursos como *La Siempreviva* o *La verdadera muerte de un presidente*, en los que se rompe con la acepción de un acercamiento 'objetivo' a la historia para transgredir al lector y empujarlo, desde la intranquilidad, a la meditación sobre el conformismo en el que se apoyaba y sobre una noción más abierta, incluso caótica, del contexto en el que se sitúa.

Bibliografía

Van Dijk, Teun. (2000). El discurso como interacción social. Barcelona, España. Editorial Gedisa.

Angela María Vargas Pérez



Vacío

Dana Vanesa Méndez Guevara

Vacío

"Dos cosas no nos han de faltar: las delicias de la carne y las delicias de la literatura."

S. Shonagon

Cierro los ojos un segundo, estoy fuera de mí y lo que me ata, desaparece.

Floto sobre las lágrimas de un amor olvidado, mezclado con la ausencia y el dolor en una espesa capa de soledad.

Elevada en medio del camino, sin saber dónde ir, busco la felicidad, pero no la encuentro, huye, siempre huye de mí.

Floto y me elevo, todo al mismo tiempo, emana de mí el deseo de algo más, de sentir algo que me diga "estás viva", pero, en esta oscuridad, respiro sin sentir las caricias que otros cuerpos me brindan, las sonrisas se me hacen ajenas y me alejo.

¡Quiero sentir!, ¡quiero que tú, oscura presencia, me sientas!

Escucho una voz lejana, dice que le conocen como el amor sincero, no puedo verlo.

Trato de buscarlo entre lo más profundo de mis lágrimas, asomo mi rostro hacia los vientos huracanados que me persiguen. No está. Sigo sin verle.

Pienso en que a veces vivo sólo por segundos, luego me desvanezco y por ello, olvido todo.

El silencio ha llegado, vuelvo a dudar de mí, todo parece efímero, realmente todo lo es...

Estoy ausente, el silencio me lo dice.

Dejé mi charco de lágrimas, y puse mis pies sobre la fría tierra, camino descalza sobre mis pesares. Veo un pozo cerca, es grande y lleno de flores, son maleza, la famosa "ojo de poeta", cuánta metáfora en ese nombre, cuanta verdad.

Apoyo mis manos, se siente húmedo y un poco incómodo por tanto moho que lo recubre, me empino un poco y miró en su profundidad, busco mi rostro: no lo encuentro.

Me he desvanecido, no logro ver mi reflejo sobre el agua, sobre el pozo, sobre mí.

Camino, camino en lo más profundo de este húmedo, solitario y verde bosque, no sé si está en mi alma lo que recorro, en la de alguien más, o es un simple bosque misterioso de la ciudad.

Las letras no me dicen dónde estoy, le pregunté a los árboles y tampoco quisieron responder.

Estoy vagando entre suelos rocosos y lodosos, trato de ver en qué lugar me perdí, pero tal vez fue en alguien. Alguien que no está, y no le interesa auxiliar a un visitante que se extravió.

Dana Vanesa Méndez Guevara



Imagen de Stefan Keller en Pixabay

Emilio, el número 36

Cristian Julián Godoy Avendaño

Imagen de Heri Santoso en Pixabay



Emilio, el número 36

“Llegaron nuevamente después de media década con las mismas intenciones”, era lo que se oía a murmullos en el pueblo...

Una mañana mojada yo estaba de primeras en las líneas de los cultivos y se me asomaba el reflejo por medio de los machetes que cargaban en las manos, los fusiles acomodados en las espaldas, las botas mal lustradas y los costales con sus uniformes mal doblados, pues sabíamos que esos uniformes serían para nosotros. De reojo y con la cabeza agachada me miró, era quizá un pez gordo.

-A ver don capitán, coronel, como vusted quiera que se apode, déjeme le cuento algo para ver si se acuerda. Le dije y me devolvió la mirada, asombrado de mi “imprudencia”

-Casi cinco años pasaron ya y hacía mucho frío esa tarde. Iba como de costumbre por el pueblo, se acercaban las seis tardías y había sido un buen día, vendí 12 de los 15 biches que saqué del palo del patio de la casa, para cuando llegó la noche le dije a mi mujer que se alistara, saldríamos, ella me dijo que no fuéramos, que la virgen le había puesto en el corazón un impedimento divino. Yo resabiado, le tiré la mano, quité el cajón y la tabla de la cicla y me bajé pal’ Tibú, eso puallá cerca de las vereditas de la Gabarra. Me tomé mis cervecitas como recompensa por una semana de arduo

trabajo, me quedé en el chuzo de Don Juan, el único venezolano que se quedó en el pueblo, cantando y echando rulo con las canciones de “Chente” y de don José Alfredo. Cuando sonaron los boleteritos alcé la mirada y ya era de amanecida. Dos tintos y medio cigarro me mandé para quedar despierto, me fui elaborando un discurso y unas dos o tres frases indignadas para que la vieja de mi mujer no me jodiera la mañana, paré cuando vi un carro con unas gallinas, pensé en comprar dos bestias de esas y zamparme un buen sancocho en la casa, pero solo me llevé una, pa’ que desperdiciar, en fin en este pueblo donde todos somos gallinas a la mayoría les gusta comer de gula.

Cuando llegué a nuestro pedazo e’ tierra, los vi como bajaban. Ya se querían desplomar puallá pa los cultivos para ver qué era lo que uno sembraba, entonces me bajé de la bicicleta y me hice el bobo, llegando llamé a la mujer mía y le dije que pusiera a hervir el agua en par bollones, me senté a descansar y se me fueron los ojos, cuando la Herminda, mi señora me paró, ya me tenía el animal montado en el plato con medio guineo y dos pedazos e’ yuca. Me volvía bajar pal’ pueblo, Herminda me acompañó y llegando a la barraca cerca donde están los hostales empezó a sonar la balacera, nos detuvimos y nos hicimos los maricas detrás del río y así la vimos, era postal más clara de la época, calló un aguacero, eso pensamos que era que el cielo se nos iba a caer encima, le contamos mal contados unos 20 gritos diferentes,

pero qué, unos se les hicieron los valientes a ustedes y como buenos comparecientes los tiraron pal río, no me vaya a creer marica que los pedazos por ahí siguen flotando cuando uno va pasar los domingos porque ustedes más de una vez le cambiaron el color a semejante belleza, fariseos porque cuando nadan se regocijan en la sangre del inocente. Otra cosa es que nosotros nos hagamos los caídos del zarzo. También hicieron de las suyas, un ejemplo es que ustedes, sorocos, dejaron confundidos a medio país.

- ¿35- 43- 77 cuantos positivos fueron? Le reclamé. Aquel hombre me miró de sorpresa y asintió con la cabeza.

- ¿Ahora usted piensa que yo puacá estoy feliz?, han pasado cinco años, mi mujer se largó y se fue sin mi persona, ya no hubo más sutes ni más mocosos saliendo del colegio, ya no le miro el color al mango, ahora me la paso es detrás de esas hojas que le ponen calludas las manos a uno por tres míseros pesos que ni pa' mí son, dese cuenta, y usted me viene a reclamarme a mí, yo que soy nada más que un viejo ya casi con canas en las que sabemos, qué me voy a poner a tener a montarles el vicio a ustedes o guardarles armas a los otros. Yo ya me salvé de una carnicería, déjeme quieto que yo lo que quiero es envejecer. Le insinué con la voz marcada, pero con ganas de llorar.

-Muy conmovedora su historia, don, don, pero no le creo una chimba, como ve que le llegó el retiro, la jubilada y el asilo, pero en una bolsa, viejo cacorro. Fue lo último que

dijo aquel hombre antes de que la tierra que tanto amó Emilio quedará pincelada de rojo sobre ella y las hojas de coca. Esa mañana cuando llegaron a las líneas de cultivo sonaron los casquillos saliendo de los cañones y cayendo al suelo, por la noche Herminda al volver con la certeza de ver a su esposo se enteró que Emilio se había vuelto una de las gallinas que soltaron al río.

Cristian Julián Godoy Avendaño



Textos

A varias manos



Voces silenciosas de Latinoamérica

Luz Janeth Moreno Cupaque
José Sebastián Pedraza Garzón
Yineth Vanessa Rodríguez Cortés
Literatura y cultura Colombiana; Séptimo Semestre



Imagen de Christopher Ross en Pixabay

Voces silenciosas de Latinoamérica

(Respuesta a las cartas de Hernán Cortés)

En vuestra contestación al señor capitán general de la Nueva España, Hernán Cortés, en la cual hace relación de las tierras y provincias sin cuento que ha descubierto nuevamente en el Yucatán del año de diecinueve esta parte. Escribo por las voces de los habitantes latinoamericanos para hacer de su saber algunas cosas en las que erran, según lo que han vivido y visto dentro de la ciudad y provincia Tenochtitlan, en torno al señor Moctezuma que en vuestra magestad ha acogido en el territorio y de cómo sirven del mismo.

En un nuevo encuentro que se ha dado entre estos dos mundos ha sido en un tono extraño cuando hable de colonización, se impropia de sus palabras contra nuestros pueblos que vivimos con nuestras propias costumbres y miradas de mundo. Habláis de necesitar falta de navíos para pacificar, pero, ¿a qué referís las palabras de pacificación de nuestras tierras? Nosotros vivimos conforme la tierra que nos provee y nos enriquece para poder ser nosotros mismos.

Visteis la riqueza de la vida, la riqueza de todos los rincones de este lugar que habitamos. Encontráis diversas fuentes extrañas de la naturaleza. Para nosotros es

algo normal, ya que hemos estado aquí desde que el sol asoma por las montañas y hasta que la luna se sirve en lo más alto.

El señor Moctezuma los ha recibido con la gente de aquí con el hecho de haber llegado de forma extraña. Hemos acogido su vida pues estuvisteis en nuestra casa y nuestra naturaleza donde hemos dejado que holgáis para descansar vuestros cuerpos. El señorío que nos guía volvió con muchas y diversas joyas de oro, plata, plumajes y con hasta con seis mil piezas de ropa de algodón, muy ricas y de diversas maneras tejidas y labradas para que después se las ha de haber dado.

Del señorío y servicio de Moctezuma, señor de la ciudad, de los ritos y costumbres que esta gente tiene ha demostrado la gobernación y su presencia en vuestros ojos. Pero de qué presencia os hablo. Hablo de la presencia de seres que viven, que se han establecido aquí y se entienden. Poseen una visión de mundo diferente a la vuestra. Nuestra cultura está tomada desde lo que hemos construido con nuestras ciudades, ritos y costumbres, por eso me dirijo de forma directa a vuestra persona.

Como a nosotros no nos convenga su presencia en este lugar, por qué hablasteis de servir a vuestro señor, un Dios que no conocemos, en forma que se desea una imposición implantada a nuestro pueblo.

Deseáis que estemos a merced de lo que pensáis que está bien, pero no es así nosotros somos como vuestra imagen. No

Hablasteis de una orden que nos llega a inquietar, a mencionar que os deseáis que estas tierras se pueblen y se perpetúen por pobladores españoles hasta arraigarse todo. Pero lo cierto es que os hemos recibido porque venís de un nuevo mundo que nosotros desconocemos, os hemos dejado un lugar en nuestros suelos. Por eso, mi voz se alza con la de mis congéneres de este lado del mundo para deciros a vuestro señor que sería muy gran culpa a los del pasado que tienen experiencia, no remediar lo presente y por venir, proveyendo en aquellas cosas por donde es notorio la destrucción de nuestra huella en la tierra. Me refiero a la colonización, a la imposición de una servidumbre hacia un señorío que nos reconoce como salvajes e inhumanos y esto conlleva al sufrimiento del pueblo por vuestras manos.

Quiero decirle a vuestro señor capitán general de la Nueva España Hernán Cortés como he intentado deciros en todo lo que escribo. Aquí somos seres como lo sois ustedes los que habéis venido, vosotros tenéis una vida encuadrada a la tierra, hemos construido desde nuestra ciudad hasta nuestra cultura, nuestras costumbres y nuestra propia forma de ver la vida. Por eso os pido que hagáis las cosas de corazón y serás respondido desde el mismo, porque ya no es el momento de que las lágrimas broten por la paz que ha quedado enterrada bajo nuestro pueblo, sino se debe actuar en paz, vivir en la paz y morir en paz. Si queréis venir a nuestras tierras los recibiremos como lo ha hecho el

señor Moctezuma, pero no tratéis de exterminar nuestro pueblo, dejadnos vivir en la libertad que nos ha dado nuestro creador. Tomad solo lo que en verdad necesitáis y dejad la tierra como la habéis encontrado.

Yineth Vanessa Rodríguez
Cortés, José Sebastián Pedraza
Garzón y Luz Janeth Moreno
Cupaque.
Literatura y cultura
Colombiana; Séptimo Semestre



ñ Ì M Z
d e
e S m z
h o f l
i
a
d a

▶ Eventos cubiertos

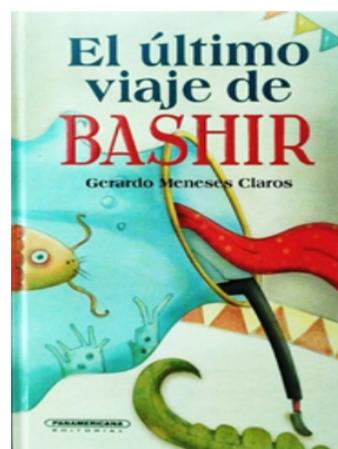
Literatura y territorio con Gerardo Meneses y Carlos Vásquez

El conversatorio titulado “Colombia en LIJ: paisajes y territorios en los libros para niños y jóvenes” llevado a cabo el 23 de abril del presente año en el marco de la celebración de la Feria Internacional del libro de Bogotá, dejó importantes reflexiones, pues planteó trascender las barreras y dificultades que ha tenido el país, mostrando esos territorios mágicos que conforman el país a través de las historias de Bashir y el mundo del Griot.



Cada autor se ubica en un territorio diferente, de este modo, los dos muestran cómo se dio la creación de sus libros a través de la tradición oral. En el caso de “El último viaje de Bashir” el proceso sucedió con lo histórico, mostrando al Pitalito de

antaño, contado por el padre y los tíos del autor, rememorando también lo que vivió él junto a compañeros de colegio cuando el circo lleno de magia llegaba al lugar. Si bien Gerardo Meneses ha escrito otras obras, fue la reflexión de un amigo suyo (Gardeazabal) la que le hizo pensar en escribir sobre el territorio en el que vive y en el que trabaja.



Por otro lado, está Carlos Meneses con una historia un poco más infantil que se desarrolla en el pacífico colombiano y que plantea un personaje de la literatura africana, el cual fue contado por un muchacho que lo acompañaba durante un tiempo. El griot es un personaje de la cultura africana que cuenta historias y que está presente en el territorio del pacífico, donde precisamente, una gran población comparte sus principios con un amor común.

Ahora bien, estos autores recogen elementos importantes de la cultura y a través de sus libros nos llevan a disfrutar y conocer de otros territorios por medio de personajes maravillosos que llevan dentro de sí parte de los autores, como de los lugares en los que se desarrollan sus historias. Finalmente, cabe recordar la importancia de seguir indagando y escribiendo de los lugares en los que pasamos nuestros días, de todas aquellas historias que están a la vista, pero muchas veces se nos hacen invisibles. No olviden seguir leyendo a los autores que reconstruyen a través de las letras las memorias de nuestro país.

Katherin Muñoz Forero

Un viaje a la ficción con Itamar Vieira Junior

Nació en Salvador de Bahía, Brasil, en 1979. Es geógrafo de la Universidad Federal de Bahía y doctor en estudios étnicos y africanos, título obtenido en la misma universidad. A su vez, se especializó en la formación de comunidades quilombolas en la región noreste de Brasil.

Su novela *Tortuoso Arado*, ganadora del Premio LeYa en el 2018, denuncia las prácticas de dominación hacia las comunidades afrodescendientes aún vigentes en el siglo XX y XXI en zonas rurales, convirtiéndose en una novela atemporal, cuyos personajes tienen una voz que atraviesa las nociones del tiempo, sobre todo teniendo en cuenta que la esclavitud en Brasil fue abolida en 1888.



Tortuoso arado cuenta la historia de dos hermanas y su relación con su padre, un curandero, y su madre partera: el destino y las condiciones de vida de una familia campesina afrodescendiente del estado de Bahía. De esta manera, Vieira Junior traza la historia de una comunidad palenquera que trabaja en un estado de servilismo que no dista mucho del panorama de los tiempos coloniales: la familia del líder y curandero Zeca Chapéu

Grande llega a Agua Negra a trabajar en los sembrados sin salario y sin autorización para construir casas de albañilería en las tierras que trabajan de sol a sol con herramientas estropeadas.



Además de la llaga y del sentido de lucha por parte de la comunidad negra brasileña sobre un territorio en el que no tienen derechos, aparece en la obra otra forma de voces silenciadas: una herida femenina manifestada a través de la invisibilización, la violencia del cuerpo, la pregunta sobre la libertad de la mujer, la opresión apuntada al género. Las figuras femeninas, Bibiana y Belonisia (quienes, además, debido a un accidente deben convertirse cada una en la voz de la otra), son quienes tienen la fuerza en la novela de Vieira Junior.



Con esto, Tortuoso Arado se transforma en una metáfora de la incomunicabilidad, de la desigualdad, del derecho arrebatado, de la marginalidad, del intento por reivindicar la dimensión religiosa y ancestral de una comunidad olvidada y sometida; del intento, en fin, por recuperar la voz.

Angela María Vargas Pérez

Reconocimiento estudiantil por parte de la obra “El perro y la laguna” y la percepción del mundo

La representación teatral que se dio en el espacio de Goyenechus en el mes de Marzo del presente año, a cargo del profesor Fredy Ayala mostró por medio de performance un viaje a la memoria donde un universitario se enfrenta a sus conocimientos con el amor y admiración a su profesora, en un viaje en los diferentes niveles del infierno que habitan en la ciudad. Sin capa y espada recorre y crea su tesis en la magia de la calle, el peligro, las drogas y su memoria.



otro, en el espejo que oculta la realidad y se disfraza de elementos banales y oportunidades que se pierden. El enfrentamiento del placer y el conocimiento está mediado por la motivación aunque se enfrenta a la realidad cruel del deber, querer y poder. Las perspectivas de la vida dependen del desarrollo y aprovechamiento de las oportunidades y de cómo se obtengan.

Los espacios artísticos ofrecidos por los diferentes profesores de la Universidad la Gran Colombia son una gran oportunidad para ser el acercamiento a las diferentes narrativas y perspectivas de la visión de mundo en el que la participación de los estudiantes es importante para estimular su conocimiento.

Dana Vanesa Méndez Guevara

Desde la crítica a la sociedad, la mirada de un maestro la experiencia y el conocimiento que le acompañan hacen de las creaciones narrativas del profesor Freddy Ayala obras que llaman a las nuevas generaciones, las entiende, las guía y motiva, para seguir con lo que un día se olvida, se deja de lado y se huye.

Las perspectivas de los estudiantes siguen siendo importantes para el desarrollo de la comunidad académica en el que los espacios del arte hacen un llamado intenso a encontrarse consigo mismo en el



Entrevistas



Libro: La paramera

El presente libro cuenta diferentes historias de la ruralidad del Sumapaz contadas a través de las mujeres del lugar que atraviesan por un taller de escritura, donde alternamente se va haciendo evidente la maternidad de la profesora que empieza a explorar este mundo junto con la naturaleza y la magia del páramo.

Preguntas:

1. ¿Cómo fue el proceso investigativo de escribir este libro?

R/ La investigación es muy importante, sin embargo, la investigación surgió, o sea, se hizo antes de que yo tuviera la intención de escribir un libro al respecto. O sea, más que una investigación concienzuda, que yo haya diseñado, planeado, con el interés de ir a recabar una información para escribir. Realmente lo ocurrió en otro tipo de trabajo, trabajé como docente y como acompañante, docente formadora de literatura para un grupo de mujeres, se hizo un trabajo con ellas, cuya intención era que ellas escribieran si tienen muchas cosas y años después, eso que escuché eso que vi, eso que me contaron que ya había sido asimilado en mi experiencia, a través de lo que había vivido, también, habitando en el

páramo muchas cosas también partieron de historias que me contaron, que me contó mi mamá, historias de mi familia, historias que escuchado por la calle y después de eso es que surge la novela. Entonces en ella se ve reflejada toda una investigación que se hizo sobre todo con esa intención, como sea sobre todo sin esa intención de sentarme luego escribir una novela. Yo valoro mucho los esfuerzos y los trabajos que se hacen como defensor, se puede decidir cómo voy a escribir sobre qué tema y voy a leer invito para cuándo pero creo que en mi caso lo que ocurrió era que ya había tanto ya he escuchado tanto que finalmente se escribe la novela, era dejar salir cosas que ya había asimilado. No creo que las conozca a la perfección y que sea pero digamos, que son parte de mi cotidianidad.

2. ¿De algún modo es autobiografía?

R/ De todos los modos es autobiografía, autoficción y a la vez es muy ficción, son las tres cosas a la vez, en todas hay una parte de mí, de mi vida, en la narradora hay mucho de mí, en Adriana también, pero más allá de eso, pues parte historias reales, entonces también hay realidad.

3. ¿Por qué la gente ve en el páramo del Sumapaz el asunto de pedirle permiso a este para entrar en él?

R/ Bueno, yo no sé por qué la gente hace eso exactamente, pero yo creo que sí es importante, yo creo que al menos en mi caso y en el de las personas que conozco, de quienes estamos acá, en este trabajo, el

asunto es que la gente es que hay que ser respetuoso con el lugar que pisas, entonces pues así como en el páramo, creo que también es importante pedir permiso al río y pedir permiso de la tierra, también pedir permiso a la gente. No tiene que ver con una cuestión de respeto, pedir permiso a la montaña, pedir permiso al volcán cuando se sube, el permiso a la cueva el permiso a Dios y si lo quieren ver así, es una señal de respeto y también de que reconocemos que somos ajenos entrando a el.

4. ¿Qué te llevó a hacer constante la maternidad durante el viaje que hace la profesora?

R/ Necesitaba de alguna manera narrativa al relatar todo en un día, a medida que empecé a hacer este ejercicio que tiene también mucho como eso autoficción que te cuento, de esa memoria, descubrí que uno de los motivos constantes durante los primeros meses de la maternidad, viene siendo el asunto de alimentar al hijo entonces que para llevar uno digamos un hilo narrativo, un hilo que me sirviera cronológicamente para volver al asunto constantemente de la de la maternidad en la leche, podría ser lo demás un sencillo enlace entre cosa y cosa que vamos viviendo, un polo a tierra, me gusta mucho esa idea y creo que es muy importante que siempre se puede volver algo que le de sustento.

5. ¿Cómo es el trabajo de poner los títulos en cada apartado?

R/ El trabajo de ponerle los subtítulos y los títulos de cada capítulo fue lo último que se

dijo ya había terminado prácticamente describir, describir los textos, describir los fragmentos, entradas, cuando estaban simplemente enumerados algunos con asterisco contempla también la idea de escribir los nombres de cada uno de los personajes que hablaba y ya y sin embargo se sentía que a veces eso hacía que se come que la narradora que no tenía nombre y a la que no quería ponerle un nombre que no supiera cómo marcarla. Entonces descubrí que una buena manera podría ser eso, agarré un listado de tareas en los que se prefigura o se denuncia el perdón en alguna de las entradas. Es que pueden ser las entradas de cuenta que Adrián hace en una lista de todas las cosas que hace a lo largo del día y que empieza con la salida del amanecer y charlín maíz a las gallinas y, de ahí en adelante, ella jugó el papel, entonces dije: "bueno, pues que el estado de los capítulos sea la lista de Adriana que, en el fondo, es lo que estamos leyendo nosotros, se analiza Adrián o se titule así".

6. Ricardo Piglia en La tesis del cuento (1986), afirma que en todo relato hay una tendencia, incluso una preponderancia, a la estructura narrativa doble, en otras palabras, un cuento tiene la capacidad de contar dos historias al mismo tiempo. De modo que una historia sugiere a la otra y esta a la primera, un malabarismo semántico. Aunque Piglia pensó en el cuento en sus instancias narrativas polisémicas, también podría decirse que la novela, como modo en que la narrativa

adquiere forma, podría hacerlo ¿Se podría decir que tus libros tienen dos historias, una en la superficie, con las señoras del campo y la otra con la docente y su maternidad?, ¿de qué modo una historia desarrollaría a la otra?

R/ En la relación, incluso con *La paramera* tiene que ver con el anterior libro "Viajes de campo y ciudad" porque hace poco tuve el experimento de hacer como una línea de tiempo, en un taller, en una charla, en la que está hablando de la novela, pero terminé haciendo una línea de tiempo donde se entrecruzan mi vida, con los relatos que se cuentan en "Viajes de campo y ciudad" con lo que se cuenta en "La paramera". Entonces sí creo que incluso con estos dos libros hay también un juego de lo doble, un juego de espejos, de una maternidad que se vive y gesta el proyecto se divide también en pareja, porque en mi universo ficcional la maternidad también llega y sé que está, pero que en esos primeros meses es el cambio de ser el detonante. Sirve este ejercicio para un proyecto de promoción de lectura, se convierte en una especie de universo cerrado, oscuro y quizás, muy problemático, como es el lado oscuro de la de la maternidad por decirle así. Tiene mucho de ese frío y de los riesgos que se toman, de esas decisiones, en el cómo las vamos tomando. Dentro de "La paramera" hay un fuego doble, el juego de la narradora y Adriana que está a 5 años delante en el tiempo, ahí tiene lo especial, como yo me lo imagino, que necesita del ejercicio de volverme a mis primeros sueños

de maternidad, o sea, esa Colombia se escribe cuando mi hijo tenía 5 años, es hacer el ejercicio de memoria e imaginación, porque uno siempre recuerda inventando de quién era yo 5 años antes y luego un ejercicio de ficcionalización total de quién era yo 5 años después, todo esto sucedió para ubicarse en el presente ¿qué es? cómo está Adriana? y solo poniéndome en los zapatos de estos dos personajes, que se crearon a partir de mis experiencias y saberes, pero no verán que son la narradora y Adriana. Adriana se alimenta de muchas mujeres que conozco y han pasado por situaciones parecidas, jugarle a ese espejo, o a ese asunto doble.

7. "Le aterraba muchas cosas: las mujeres no casadas por la iglesia, como yo; los bebés varoncitos con pantalones de flores, como mi hijo; los hombres de pelo largo, como Félix; a su hijo le cortaba el pelo con fuego: con una peinilla de cabo fino agarraba los mechones y les prendía candela" (Acero, 2021, p.47). ¿Se podría decir que hay una crítica a la discusión del género allí?

R/ Es una crítica mas bien a la falta de tener pensamiento de género, simplemente una observación sobre los prejuicios que tenemos en muchos lugares, donde parece que se viven en muchas comunidades que no tienen una relación con los pensamientos de género, sobre todo comunidades que no han tenido contacto con otras comunidades campesinas, que las hay de muchas

maneras porque hay gente que no tiene prejuicios, hay personas que sí es muy prejuiciosa y eso se ve al tener contacto con otras comunidades.

8. ¿Se podría hablar de La Palamera como una novela feminista?

R/ Me encantaría, pero creo que solo lo pueden decir más los lectores, ya que mi intención es retratar a las mujeres y contarlas, desde allí me imagino que sí lo es y quisiera que así se pudiera leer, pero también entiendo que hay personas que no están de acuerdo. Pero espero que eso no haga ir a la gente, hay voces de mujeres en toda la obra, con sus historias y vivencias y que aunque yo sea feminista no tiene porque ser o no así mi obra.

Katherin Muñoz Forero



Agradecimiento editorial



Se sufre, pero se goza: la hazaña de un crack

La vida es un camino en el que, como lo decía Heidegger, lo sencillo conserva el enigma de lo perenne. Y lo sencillo, con su carácter enigmático siempre tomará diversas formas alegóricas que nos permiten evocar el sentido y el significado de lo que vivimos, es decir, de los acontecimientos. Allí, precisamente allí, es donde la poesía, la narrativa, el teatro, la música, entre otras formas de creación, se tornan indispensables para recrear el esplendor de la vida desde la palabra.

¿Qué narramos? Todo, absolutamente todo. ¿Para qué lo narramos? Para detener el tiempo, para poner en el escenario de la realidad distintas cosmovisiones del mundo que pueden ser contempladas desde el espectro de lo sublime y lo armonioso. Es por lo que escribir, como diría Mauricio Palomo, es un acto de resistencia y rebeldía. Resistencia para no caer en el olvido y rebeldía para entremezclar las letras con pequeños sorbos de sórdidos tragos que permiten apaciguar las contingencias de lo que significa ser-en-el-mundo.

Y al momento de escribir estas páginas, acompañado del sonido de: "She's a rainbow" de The Rolling Stones, me resistí a

olvidar el origen de este proyecto. Hubiese podido dar gracias a quienes han escrito y han puesto un poco de sí en este trabajo. Podría agradecer a los editores por su trabajo en la materialización de la revista. O podría dedicar estas líneas a la importancia de escribir, de leer y de crear... pero, en esta ocasión, decidí escribir para no olvidar.

Por ejemplo, los hinchas de millonarios jamás olvidaremos ese hermoso 17 de diciembre de 2017 cuando se jugó la final de vuelta contra Santa Fe. Los corazones palpitantes, las manos sudorosas y las gargantas humedecidas a sorbos por la fría cerveza, calentaban lentamente para alentar. Se aguardaba por el pitazo inicial con el sueño de que la 15, la ansiada 15, fuera bordada en el histórico escudo del equipo más grande del rentado colombiano. Pero bastaron unos cuantos minutos para que pum, pas, pum... disparan al arco y gol, gol de Santa Fe. Morelos, en un cobro de tiro penal, que infló la malla y empataba la serie. Vaya que nos agarrábamos la cabeza. De rodillas nos hincamos al piso, la mente nublada y la mirada perdida no comprendían lo que pasaba en la cancha. El balón iba y venía como las plegarias por el empate. No queríamos penales... La quince debía ser limpia.

El juez volvió a pitar, esta vez para anunciar que el primer tiempo se había consumido como el humo de un cigarrillo. Solo quedaba en el ambiente la ilusión de la remontada. Los hinchas pidieron otra pola,

salieron a las puertas de los bares, los conjuntos, las casas, besaban el escudo y volvían a mirar al cielo para pedirle al dios de Maradona, de Pelé y de Valderrama que no se olvidara de Duque, de Ayrón, de Silva y de millones de hinchas que querían volver a ver en el presente la grandeza del pasado. Fueron quince minutos eternos y etéreos que acrecentaban la ilusión, pero, también hacían divagar con la derrota. Quince minutos de angustia en los que los muros del camerino fueron testigos de las palabras del profe Russo para hinchar el espíritu de una nómina mixta y obrera que, desde el fracaso, se levantó para encontrar el triunfo.

Nuevamente los guerreros salían a la cancha. No solo era un clásico, era una final. Fue la primera final en los rentados cortos entre los rivales de patio. En el pasado, en el año 1975, habían jugado una y Santa Fe se quedó con el título. Un motivo más para que ese partido fuera diferente. Las voces cardenales, motivadas por la victoria tempranera se elevaban en cánticos y arengas que fueron silenciadas con un cobro de esquina. Un balón al segundo palo, Cadavid se levanta por los aires ante el error de un defensa al que le sobra el balón y, de un fuerte frentazo abajo y contra el piso, a palo cambiado, pone el 1-1. ¡Cuánta alegría se dibujaba!... Solo era cuestión de tiempo, esperar, aguantar la pelota, hacer transiciones de defensa a ataque sin desesperar, ser precisos. No era más lo que se debía hacer, pero lamentablemente no se hizo. Los hinchas no sabíamos por qué la defensa se

se hizo agua y un error embajador permite a Santa Fe tener la pelota, un pase a Morelos quien entra al área, elude a Vikonis y la serie está nuevamente igualada. Otra vez la mirada al cielo, piden otra cerveza y el corazón a mil. Era el minuto 82, las piernas flaqueaban, el aire grávido entrecortaba la respiración y la incertidumbre, como en la vida, era la protagonista esencial de aquel momento.

Sin embargo, la historia siempre tendrá un lugar reservado para los artistas; el de millos se apellidaba Rojas. Un mediocampo zurdo, de los que saben hacer del fútbol un arte, una pintura. De los que no patean, dan pinceladas, de aquellos que escriben en prosa fintas y gambetas y describen, sin cánones, férreas defensas para que pase el balón o el jugador, pero jamás los dos. Ese mismo que aprovechó un mal despeje cardenal y permitió que el balón besara [dos veces] suavemente el tapete verde de Bogotá [tal vez como una premonición], y como un enamorado, salió corriendo hacia la hermosa pecosa para acariciarla tan suave y mágicamente que ella se elevó, de manera perfecta, hasta desembocar en el mejor destino posible: el fondo de la red. En ese momento el Campín se silenció, los once soldados cardenales, sin fuerzas y

abatidos cayeron al suelo de rodillas en señal de derrota y sobre el cielo azul se alzó el grito de miles de almas Embajadoras en señal de victoria. La hazaña se había conseguido. Lo demás fue trámite.

Pues bien, en estas páginas la hazaña también se ha alcanzado. Ahora sólo es cuestión, como en aquella final, de dar trámite, pues Rojas es a Millos, lo que Palomo es al Grafógrafo. Formado en lacantera de la U.G.C, nuestro volante creativo, un 10 nato, empezó a trazar su carrera. Se entrenaba con lecturas de los clásicos y de lo urbano, escuchaba un poco de Ska-p, Calamaro y un tanto más del clásico Rock and Roll. Se respiraba la ciudad de extremo a extremo permitiéndose develar lo que en ella se escondía. Habitantes de calle, prostitutas, estudiantes, vendedores ambulantes y transeúntes, todos sin excepción, eran presos de su magia y su tinta vinculándolos, intencionalmente, en un destecho literario que siempre tendrá como fin, recordarnos que yo, tú, él, nosotros y todos existimos con algo de locura.

Su bigote, tan excéntrico como los peinados de Pogba, Balloteli o del mismo Neymar, se ponía en frente con la banda de capitán para apoyar, regañar y orientar a su equipo. Ordenaba cubrir las bandas de los eventos para difundir lo cultural y lo literario y que no pasara un segundo en la universidad sin que sus espectadores [estudiantes, profesores y lectores en general] se acercaran a ese capital cultural tan valioso hoy por hoy en la

formación profesional. Pedía una marca firme a textos de literatura de la que podía extraerse semblanzas y contar historias para motivar a espíritus inquietos y enamorarlos de esa esencia que impregna a un buen libro.

Pero lo más cautivador de nuestro volante era cuando, sobre el final del tiempo [cada semestre] impulsaba a su equipo desde atrás, tomaba un texto con el borde interno y finamente hacía un cambio de frente a los editores, se hacían pases cortos y al fondo en el programa se escuchaba un "ole" para motivar la jugada. Se desmarcaba y ante el computador pasaba horas leyendo y releendo lo que su equipo estaba montando. Toca y va, toca y va, como la orden de los entrenadores en las escuelas de fútbol. Así jugaba, se juntaba con Jahir y tenían una portada, la combinaba con Liceth y salían pases al vacío que permitían genialidades. Veía al otro lado las nuevas contrataciones y desplegaba jugadas para ellos. Pero, al estilo de Messi, el balón siempre volvía a su pies. Siempre volvía a él.

Él y su equipo, quizás evocando la final del 17, lograban la victoria siempre al final del tiempo. Cuando el descanso estaba próximo, el aire estaba pesado y las manos temblaban por el cansancio, llegaba esa genialidad que ponía en la escena del programa un número más de la Revista: "Grafógrafo". Una combinación de edición, creatividad y genialidad. tal cual como en el fútbol, le damos el gol a quien lo anota, sin ver que detrás existen cientos de

personas que hacen posible la calidad del espectáculo. Así mismo, detrás de esa calidad del Grafo, no solo estaba este joven y talentoso maestro, estaba la decanatura (que vendría a ser Marina Granovskaia en la Universidad), la directora del programa, la coordinadora y toda la cantera que día a día entrena para un día jugar [Escribir y/o enseñar] como lo hace nuestro canterano.

Hoy nos jugamos nuestra octava final y salimos al campo sin el Capi, pero antes que todos se den la oportunidad de maravillarse con nuestro juego, nos abrazamos en la mitad del campo y nos resistimos a olvidar a aquel soñador que creó este proyecto y que hoy, en otras canchas, gambetea y hace fintas viendo la vida, la academia y la educación como un partido de fútbol en el que cada jugada y cada momento, al igual que el hecho mismo de escribir, se nos presenta como una oportunidad para la rebeldía y la resistencia.

A Mauro, no solo estas palabras sino también la edición número 8 del Grafógrafo. Esto no sería un club grande si no hubiese sido por vos. A la distancia gracias. Sin importar dónde juegues el Grafo siempre será tu casa, tu cancha, acá siempre seguiremos jugando para que en nuestra comunidad educativa jamás se extinga el valor y la importancia de leer y de escribir. Ten la certeza que, mientras el Grafo salga a la cancha, nuestros estudiantes no tendrán realidades como las de Fahrenheit 451.

Para un amigo: nos
vemos en la previa.
Para un maestro:
abrazos de letras.

William Fernando González
Director Revista Grafógrafo

